

291





LILLIAN HARVEY

(EL DIABLILLO CON FALDAS)

*Sigue cantando y bailando para
el cinema europeo.*

Admírela Ud. en

Fantásio

*(el único local de estreno en
donde se exhibe) en la ope-
reta cómica cantada en
francés*



(SE ACABÓ EL AMOR)

secundada por

ANDRÉ ROANNE y ARMAND BERNARD



Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Gerente: Jaime Olivet Vives

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: París, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 72513 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal

Director musical: Maestro G. Faura

10 DE MARZO DE 1932

Delegado en Madrid: Antonio Guzmán Merino
Valverde, 21, duplicado

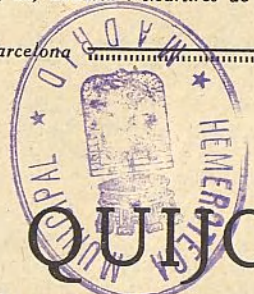
CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMÉRICA:

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. * Barará, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Mártires de Jaca, 20, Irán
Plaza de Mirasol, 2, Valencia : San Pedro Mártir, 13, Sevilla

"Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

MAPA CINEMATOGRAFICO DE ESPAÑA

RESURRECCIÓN DE DON QUIJOTE



La mayoría de los comentaristas del cinema español están formando en torno a este problema un ambiente de denso confusionismo.

La cuestión está mal planteada. O se toma exclusivamente su ángulo optimista, o se la enfoca a contraluz, por el lado pesimista. Ambos modos son negaciones de la realidad.

Es tal la desorientación, o la mala fe de algunos, que al reducir el problema a cifras, incurren en idénticos errores y en iguales exageraciones que cuando lo elevan al plano retórico y sentimental.

Se afirma, por ejemplo, y se hace de ello en la prensa excesiva propaganda, que con una base financiera de quince millones de pesetas, divididos en etapas de cinco millones, se van a construir en España, de la noche a la mañana, los estudios cinematográficos más grandes de Europa.

Dicha afirmación no pasa de ser una quijotada más en el solar de Don Quijote. Pero las quijotadas, cuando se aplican a una industria, conducen al fracaso rápida e irremisiblemente. No se olvide que el Hidalgo manchego malbarató su hacienda empujado por su afán de aventuras. Y aún existe una diferencia esencial entre la quijotada de Don Quijote y esta otra quijotada: que aquella estaba purificada por la idealidad y ésta la inspira el materialismo.

Quince millones de pesetas para iniciar nuestra producción cinematográfica, industrializada y organizada, pueden ser bastantes a condición de que no se malgaste, parte de esa cifra, en tanteos y ensayos. Pero es una cantidad exigua si lo que se pretende es alzar en nuestro suelo los estudios sonoros más importantes de Europa, donde ya existen los de Neubabelsberg, los de Moscú y los de París.

Se habla también, con harta ligereza, de un fantástico y fabuloso ingreso de doscientos millones de pesetas anuales por la explotación en España de los films extranjeros.

Eso doscientos millones son ilusorios. Mucho más cerca de la verdad está esa cifra suprimiéndole un cero,

que si gráficamente representa poco. matemáticamente supone una disminución de ciento ochenta millones. ¡Una friolera!

Espero, que muy pronto, podré demostrar con cifras exactas, que España es una de las naciones europeas que menos producen al extranjero.

Es así, con verdades comprobadas, sin fobias de ninguna clase, como se adquiere el derecho de tratar, públicamente, tema tan delicado y complejo como el de la creación y organización de la industria nacional del film.

Lo único que se logra con exageraciones y falsedades, es que el capital español se retraiga y que los que podrían financiar esta industria acaben por ver en todo lo que al cinema hispano se refiere, un engaño o un intento de timo.

Vayamos a la solución del problema que a todos nos interesa resolver, por el camino llano de las realidades.

Para pedir apoyo al capital, precisa hablar claro, con absoluta sinceridad y honradez. Únicamente así mereceremos su confianza y será posible una colaboración eficaz entre el capital y la iniciativa.

Lanzar en los periódicos esa patraña de que Norteamérica teme la competencia española y procura impedir que construyamos estudios y hagamos películas, es realizar una labor negativa y por añadidura injusta.

Durante muchos años, nuestra producción cinematográfica será muy reducida comparada, no ya con la yanqui, que es enorme, sino con la alemana, la francesa o la rusa. No cabe esa competencia.

Se parte aquí del falso principio de creer que los estudios cinematográficos que se proyectan en Aranjuez van a tener una capacidad mayor que todos los europeos. Y aunque así fuera, ¿cuántas películas podrán realizarse, anualmente, en esos estudios? Muy pocas si se compara con la producción actual de cualquier país de los que tienen ya organizada su industria cinematográfica.

Injusticia no menor es la de echar en

cara a los norteamericanos que aprovechen nuestro idioma para producir películas, con quebranto para la economía española. No hay tal perjuicio porque en España la industria del film no existe hasta ahora de un modo tan tangible como la fabricación de paños y la elaboración de vinos, por ejemplo.

Lo único que han hecho los yanquis ha sido «descubrirnos» a nuestros artistas cinematográficos. A ellos les debemos que hoy sean valores positivos del cinema hablado en el idioma de Cervantes, Rosita Moreno, Juan de Landa, Imperio Argentina, Ramón Pareda, María Luz Callejo, Juan Torena, María Fernanda Ladrón de Guevara, Rafael Rivelles, María Alba, Manuel Arbó, Catalina Bárcena, José Crespo, Rosita Díaz, Miguel Ligerio, Carmen Larrabeiti, Carlos Villarias, Ana María Custodio, Romualdo Tirado y algunos más.

Algunos de estos artistas los desconocíamos totalmente y otros que tenían ya un prestigio lo habían ganado en el teatro, pero no en la pantalla.

Sé muy bien que Hollywood no ha creado el estilo del cinema hispano, misión exclusivamente nuestra, que no podemos, ni debemos, delegar en nadie.

Las editoras de California se han limitado a realizar películas en nuestra lengua con un propósito estrictamente comercial, sin romanticismo de ninguna clase. Creyeron hacer un buen negocio y se han equivocado. Su producción en español arroja un saldo en contra. Lo prueba el que ahora están decididos a emplear el sistema de los «dobles», menos costoso que el cinegrafiar directamente con artistas nuestros.

El esfuerzo que representa para ellos producir cintas en español, no es digno de encono, sino de reconocimiento, aun contando con que no ha inspirado su propósito un sentimentalismo y sí, por el contrario, el afán de lucro.

Siempre quedará a su favor el haber realizado, mejor o peor, lo que nosotros —más obligados que ellos— no sabemos, o no queremos hacer.

MATEO SANTOS

Correo femenino

HISTORIETA

I

Entonces tus ojos estaban vacíos de sentimientos; no podían leer, a Claude Debussy. Eran pardos, como ciegos, de grande quietud inexpresiva; parecían pasados por el alfilerón de plata que mató a Rosarito, la de las trenzas. ¡Tu corazón...! Nada: también helado, silencioso...

II

Y una noche bonita, de esas que no conocen los poetas, sobre la butaca inclinada, te posaste, como un perfume, en los jardines bajo la lluvia. Tú eras toda la finura de la música, diluida en suspiros... Suspiros que creían bien, que poseían la delicadeza del buen tono...

Después, ha sido un infinito oscuro, de adiós para siempre, casi absurdo, lleno de emoción por la confianza risueña...

CARLOS RUIZ-FUNES AMORÓS

DE TODO UN POCO

La herencia del paraguero

La Policía de Baltimore y la de York buscan a un paraguero ambulante, al que un veterano de la guerra hispanoamericana, que acaba de morir, dejó mil quinientos pesos en su testamento.

El veterano, Robert Mitchell, que falleció en Hampton (Estado de Virginia), manifestó que ese paraguero le dio en una ocasión difícil para él unos pocos centavos, lo único que tenía, y que después fué el único amigo que tenía en el mundo.

Un lord recibe 45 libras de un libro que no ha escrito

En el banquete ofrecido por sir Godfrey Collins en Londres, para celebrar la fundación de la nueva Sociedad del Libro, lord Donnegall ha relatado como sin querer ha resultado autor de un libro sentimental.

«Hace un mes—dijo—una joven norteamericana que conocí en 1924 me pidió por cable devolverle, sin falta, las misivas amo-

rosas que me había escrito por entonces. No viendo en ello ningún inconveniente se las devolví.

«Ya ni me acordaba de ello, cuando hace unas semanas recibí de ella un segundo cable anunciándome su propósito de publicar nuestras cartas bajo forma de libro. Pero cuál no sería mi sorpresa esta tarde, cuando hace unos momentos he leído un nuevo mensaje de mi antigua amiga, que esta vez me anuncia el envío, a mi nombre, de un cheque de 45 libras esterlinas, que representan el primer adelanto sobre mis derechos de autor.»

La venganza de un armenio

Los periódicos de Bucarest dan cuenta de la horrible venganza de un armenio, poseedor de una enorme fortuna, que, viéndose despreciado por una señora de la buena sociedad rumana, la hizo secuestrar una niña de ocho años, y pocos días después ha remitido su cadáver, convenientemente embalado, con una tarjeta en la que manifestaba hallarse satisfecho por haber cumplido su venganza.

Aunque el fúnebre cajón constaba como si hubiera sido expedido en Sofía, la policía búlgara declara tener la certeza de que no ha podido de modo alguno cruzar la frontera, por lo que se supone fundadamente que el autor del bárbaro asesinato ha debido cometerlo en territorio rumano.

Toda la policía de Rumania se halla movilizada para dar con el rico armenio.

Iniciativa femenina

Una zagala marchaba por un camino y un zagal seguía en la misma dirección por otro. Ambos caminos a corta distancia se unieron y como llegaron a aquel punto al mismo tiempo, los dos jóvenes prosiguieron juntos. El zagal llevaba una gran cacerola de hierro al hombro, en una mano tenía una gallina viva cogida por las patas y en la otra un garrote con el cual arreaba a una mula que guiaba por el freno. Al llegar a una honda cañada, la zagala dijo al zagal: «Me da miedo de penetrar en esa cañada sola contigo. Es un lugar muy solitario y bien podría ocurrirte aprisionarme en tus brazos y darme una docena de besos por fuerza.»

«¿Cómo podría yo, repuso el zagal, besarte por fuerza con esta cacerola al hombro, un garrote en una mano, una gallina en la otra y una mula sujeta por el freno? Estoy tan libre para hacer lo que me da la gana como si tuviese las manos y los pies atados.»

«Así es, replicó la zagala; pero vamos a suponer que claves el garrote en el suelo y amarres a él la mula; que coloques la cacerola

rola boca abajo y metas dentro la gallina, ¿qué podrá impedirte entonces el que cometas la maldad de besarme a pesar de mi resistencia?»

«Hombre, no se me había ocurrido a mí eso», dijo el zagal pensativo.

Y tan pronto como llegaron a la cañada hincó su garrote en la tierra y amarró en él la mula, luego metió la gallina dentro de la cacerola y dió más de mil besos a la muchacha, la cual, sea dicho de paso, no opuso mucha resistencia.

Lecciones de cosas

El brillo del calzado.—El calzado rubio o negro recobra todo su brillo cuando se frota vigorosamente con un trapo en el cual se han exprimido algunas gotas de limón.

El girasol como desinfectante.—El girasol, además de su valor industrial por el aceite que encierran sus semillas, tiene otro altamente higiénico. Plantando en terrenos malsanos, próximos a pantanos y cenagales, grandes cantidades de girasol, desaparecen del todo las evaporaciones nocivas.

En cuantas comarcas se cultiva el girasol, especialmente en aquellas donde antes reinaba la fiebre intermitente en una proporción aterradora, se ha observado que la fiebre ha desaparecido por completo.

El linoleum.—El linóleo puede utilizarse para suela de los pantuflos infantiles.

Conservas fermentadas.—Antes de comprar una lata de conservas, examínese primero si el fondo y la tapa están abombados hacia el exterior. En este último caso, es de temer que en la conserva exista un principio de descomposición, y que la fermentación de los gases haya abollado las paredes.

Estafeta

Luis Santos.—Barreda.—Lamentamos no poderle complacer, pero no editamos más que POPULAR FILM, que ya conoce.

Madame Pompadour y La Dama de los Ojos Negros.—Ciudad.—Menos mal que tienen ustedes buen humor. Como las suponemos bonitas—tan bonitas como burlonas—y lo que dicen respecto a la sección «¿Soy fotogénica?» no carece de gracia, les perdonamos sus juicios... hasta el juicio final.

¡Con lo que nos gustan a nosotros las Pompadours y los ojos negros!

Ceserino Sánchez.—Nerva.—No es posible lo que solicita, pues en ese caso se encuentran muchos pueblos españoles. Comprenda que cuando llegan ahí las películas ya han sido estrenadas en las capitales de primer orden y, por lo tanto, comentadas en nuestra revista. De todas formas, muchas gracias por su ofrecimiento.

Solicitan madrina de paz el soldado de aviación Angel Fernández Rojas, Aviación Militar Escudra, Tetuán; José Pérez Sánchez, Fernando del Monte, Juan Llovet, Joaquín Alarcón, José Torrecilla, Juan Oroscio y Juan García, los cuales pertenecen al Hospital Militar (Farmacia) de Tetuán.

Andrés Pesca Galen.—Murcia.—La dirección que pide es la siguiente: Société des Films Osso, 73, Avenue des Champs-Elysees, París, VIII.

Aurorita.—Granada.—Encantados de que le haya parecido bien ese artículo de nuestro colaborador, al que trasladamos su felicitación.

Pedro Sandoval.—Cartagena.—«La Venus Roja» no se ha publicado en edición. Nos la concedió de exclusiva para su publicación en POPULAR FILM nuestro distinguido colaborador Juan de España. Si, desde luego que seguirá enviando crónicas a nuestra revista.

Billy the Kid.—Ciudad.—No vendemos fotografías de artistas. Diríjase directamente a las oficinas de la M-G-M, donde acaso puedan facilitarle alguna de su héroe favorito.

Desean cambiar correspondencia: Manuel Almonte Gallego, Apartado de correos 99, Sevilla, con una señorita; Manuel Vázquez, Paseo de Lerroux, 9, La Rambla (Córdoba), con señorita madrileña o nortea, y un joven ingeniero con señorita lectora de POPULAR FILM, de 25 a 35 años, distinguida y culta. Escribir a C. M. Cangas, Bailén, 35, cuarto, derecha, Bilbao.



May-Wel

El secreto de los ojos hermosos

VENTA EN PERFUMERÍAS

Si no lo halla en su localidad, envíe, en sellos o giro postal, pesetas 4.50 y lo remitiré por correo

J. OLIVER
Cortes, 569
BARCELONA



Opiniones

Con, de, en, por, sin, sobre, tras, el cine español

por JOSÉ CASTELLÓN DÍAZ

Soy un poco escéptico respecto al porvenir de la cinematografía española: quizá esté equivocado, pero me parece que todos esos proyectos que se anuncian y presentan de manera tan profusa, son por su grandiosidad, posiblemente, casi irrealizables hoy por hoy en nuestro país. Pero ya que por lo visto está de moda hablar y fantasear acerca del futuro cine español y verlo todo como de color de rosa, yo quiero que mis pensamientos se cambien y que mis desesperanzas se anulen. Me parece que es esto, lo más que puedo hacer.

Y examinaré severa y noblemente el panorama que se presenta ante los jóvenes cinematografistas nacionales. *Pocos hechos realizados y muchos problemas por resolver.* Podría decirse que España se muestra virgen al cinema; lo de hasta ahora, no pasó de coquetos sin consecuencias. *Muchos problemas por resolver.* Porque: ¿Qué elementos aprovechables existen? ¿Qué directores? ¿Qué intérpretes?

Pero en fin: queremos recordar dos películas: «La bodega» y «La aldea maldita». Sus directores: Benito Perojo y Florián Rey.

Grandes defectos tenía «La bodega» y no el menor la interpretación descuidada y torpe en general; también, la exagerada lentitud de algunas escenas; el realismo desagradable de otras. A pesar de todo, era un film realizado con cierto talento y sobre todo con gran dignidad. Benito Perojo no ha conseguido en sus obras posteriores—«Un hombre de suerte», «El embrujo de Sevilla», «Mamá»—superarla, y respecto a las anteriores realizadas siempre con voluntad, pero siempre también con escasos medios, no rebasaron nunca el límite que separa lo mediocre de lo bueno; a veces, como en «Boy», resbaló peligrosamente hacia la cursilería.

Superior a «La bodega» me parece «La aldea maldita»: era desde luego una banda muy influida por el cinema ruso, con una uniforme y agradable interpretación, pero también como el film de Perojo, un poco larga. De lo que estoy seguro es de que esta película casi magnífica, le ha producido menos a su autor que aquella suprema mascarada que él llamó «Agustina de Aragón».

Es curioso observar que las mejores obras producidas por el cine español son las más claramente influidas por el extranjero: en «La bodega» se adivinaban recuerdos franceses y germanos; «La aldea maldita» podría ser una película rusa de segundo orden. Porque es necesario insistir mucho en esto: los dos son buenos films; más que discretos; pero en manera alguna soberbios. Al menos, en mi concepto, tengo la costumbre de llamar soberbias a las películas como «La madre», como «Carbon», como «Las calles de la ciudad», como «A nous la liberté!»... Y no creo que nadie se atreva a comparar con ellas aquellas dos simpáticas obras.

Actores

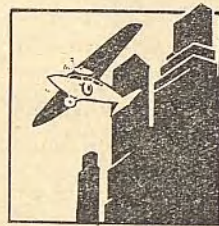
De la época muda recuerdo gustosamente a dos actrices: Conchita Piquer y Carmen Viance. La interpretación que la primera dió a la «María Luz», de la novela de Blasco, fué casi perfecta, y es en la escena de la borrachera donde con mayor relieve la destaco en mi memoria. Pero también vale la pena recordar la dulzura de su personalización de la protagonista de «El negro que tenía el alma blanca», por lo demás tan perfectamente aborrecible.

Carmen Viance, que había varias veces fracasado en la protagonización cursi de unas cursis señoritas semiprovincianas, supo—sinceramente—asombrarnos en la sufrida campesina de «La aldea maldita».

En la época sonora renace una actriz que

en el mundo no había pasado de mostrarse discreta: Imperio Argentina. No me parece artista de muchos alcances—perdóneme la casi falta de galantería—, pero sí con los suficientes para triunfar en el vodevil o en la opereta. Advertiré que Imperio no es inferior a las artistas germanas y yanquis de género semejante. Pidamos a Dios o a los directores de la Paramount, que la deparen en lo sucesivo argumentos mejores que los de sus dos últimos films.

Preciso será contar entre las actrices destacadas y en otro género, a Catalina Bárcena,



PRIMER PLANO

por VICENTE COELLO

Principio

GOTEAR monótono de lluvia. Farol enteco de luz y pleno de vida novelesca. Unos ojos femeniles que dicen amor triste, belleza fatal, poesía adorablemente trágica. Sombra muerta de un dolor: suicidio.

Un hombre: Gustav von Seyffertitz.

Una mujer: Marlene Dietrich.

Austria y guerra. Espionaje. Ritmo irritable de vida y espíritu.

Y sobre todos estos plumazos deshilachados un nombre genial y fílmico, bello y sintético, enorme e insignificante: «Fatalidad».

Primer plano y comentario

Marlene Dietrich con su cabello de rubia champaña, llena, artista, todo el celuloide. Ella, marioneta divina de Sternberg sabe hacer cine. Así. Simple, profundamente. Cine. Porque cine es tanto como arte.

Y cuando Marlene Dietrich—Lola-Lola ingenua y canalla—es dirigida por un realizador artista, sus films saben a cine, a cine ignoto, bello, rítmico. A cine grande. Y en «Fatalidad» J. von Sternberg volcó sobre ella un argumento tal vez inverosímil y absurdo, pero adaptado al carácter interpretativo que la Dietrich imprime a sus magníficas encarnaciones. Una espía. Y Marlene sola, enormemente sola creó un papel.

La X-27.

Alrededor de ella quizá se agruparan artistas sobrios y seguros. Tal vez Warner Oland o el gigante McLaglen. O acaso Gustav von Seyffertitz, ese eterno Jefe de espías archivado, torpe, en el negociador cerebro yanqui.

Pero la X-27 los pulveriza, los deshace, pone sobre su arte opaco de término segundo, el pabellón inmovible de su rostro de «vamp». Y en «Fatalidad», hay sólo una «estrella» tras Sternberg, el coloso: Es la X-27. Marlene.

Y de todos los rincones del celuloide, de una búsqueda dificultosa del ángulo más perfecto o del gesto más acabado, surge un primer plano magno, supremo, propia mezcla del cerebro de un director y el talento de una artista. Un plano que es todo el cinematografía, limpia, neta, gigante.

Las manos de Marlene golpean maravillosamente las teclas del piano. Las notas salen augustas, vibrantes. Y el rostro triste de la Dietrich se acerca a la cámara, se agiganta, se engrandece. Ahora es tan sólo un borrón débilmente modelado. Y una luz—re-

na, que con una sola interpretación—algo amaneradamente teatral quizás—ha sabido colocarse a la cabeza de las estrellas femeninas del cinematógrafo español.

De intérpretes masculinos... quizás sea mejor no hablar. Los aciertos aislados de un José Crespo, de un Valentín Parera, de un Juan de Landa, no los hacen colocar en manera alguna en un lugar primigenio.

Estos elementos—bien contados, es cierto—son acaso los únicos que pueden presentarse ante el cinematografista hispano con claras posibilidades de ser utilizados: dos directores, cuatro o cinco actrices, dos o tres actores... Pero no hay que amilanarse. El cine ruso empezó con menos y ha llegado a superar en sus creaciones al germano y al yanqui. Y reciente está el caso de Francia, que aún hace dos o tres años sostenía la producción más floja y antiartística del mundo. Claro es que no en todos sitios ni a todas horas acostumbran a surgir un Eisenstein o un René Clair.

América

flejo de toda una técnica—difumina en sus pómulos una expresión soberbia.

Y el primer plano se borra despacio sobre otra escena maravillosa.

Después ya surge otra vez la «estrella». Y vuelve a aparecer sobre el lienzo la figura enorme de Marlene Dietrich. En aquel trozo insignificante de celuloide sólo ha aparecido Sternberg, el director perfecto.

Y más tarde, en su brevísima interpretación, Warner Oland pone el granito de arena de su arte opaco y de complemento hermoso, junto a la refulgencia femenil y bella de la artista grande. Oland da a su «rol» naturalidad y vida.

También Von Seyffertitz aporta al celuloide el arte grande de su manoseado papel. Pero la analogía idéntica con el resto enorme de sus interpretaciones fílmicas—junto a los inmensos ojos tristes de la Garbo en «La dama misteriosa»—le resta gran fracción de su gesto y de su movimiento cinográfico. Se necesita talento magno—Jannings—para rodar siempre motivos idénticos y lograr un film soberbio o tan sólo una interpretación meramente acertada. Y Von Seyffertitz es un artista. Grande, magnífico. No un genio.

Después Víctor McLaglen fué el más eclipsado por la «vamp» germana. Quizá la importancia de su encarnación. O acaso lo ignoto de un papel nunca realizado. McLaglen apareció gris frente a Marlene.

Pero sobre todos los defectos que puedan empañar la gloria magna del celuloide resalta—una vez más—la mujercita rubia, enormemente bella y enormemente artista. Marlene Dietrich.

Y cuando las notas del piano, vibrantes e incontenibles, flotan superadoras sobre su cabello de oro, su rostro recorre tonalidades inesperadas, expresiones augustas de genio fílmico. Y por eso como broche a este esbozo crítico de su labor inmensa, sinteticemos someramente los elementos con que «Fatalidad» ha triunfado.

Quizá sean: ángulos, director, un primer plano y Marlene, sobre todos.

Fin

Repiqueo cansino de tambor.

Fusilamiento.

La X-27.

Su cuerpo admirable pleno de energía femenil, que supo ser patria y ser amor, ha caído inerte sobre la nieve inmaculada del Imperio.

Ya no volverá a levantarse.

Valencia.

PLANOS DE MADRID

No apta para señoritas

MERECE un comentario lo ocurrido en el cine Madrid al proyectarse la película "Eroticón", "no apta para señoritas", según advertían los carteles.

La empresa, sin duda, creyó hacer más negocio poniendo esta advertencia pacata, y se ha equivocado. "Eroticón" es una película corriente, ni más ni menos atrevida que otra cualquiera, y, como está bien realizada, sin esos escrúpulos monjes del "no apta para señoritas", hubiera pasado inadvertida, dejando algunos ingresos en vez de ocasionar un alboroto, con detrimento de las butacas y consiguiente prohibición de la película.

Pero la codicia rompe el saco y, con frecuencia, saca las cosas de quicio. Basta añadir a una comedia no el dictado de pornográfica, o lo que es igual, eso de "no apta para señoritas" para que tal comedia se trueque por arte de viriburoque en un manantial de oro. Por lo visto, la risosidad es una bestia hambrienta que se deja explotar al solo anuncio de una comida torpe. Esto lo saben ciertos empresarios conamendadores de platos fuertes y, con harta y lamentable frecuencia, galeotos de apetitos inhumanos.

Más la risosidad, como la bestialidad y la idiotez sus hermanas, es una cosa muy seria —la risa es un don de los dioses— y no quiere ser burlada ni defraudada en sus instintos. Acude al llamamiento o a la invitación sensual temblándole todos los repliegues eróticos, todas las memorias lujuriosas del monstruo que lleva dentro, y se indigna y ruga y brama y rompe y arrolla y pisotea enfurecida cuando el manjar libidinoso que se le anunció resulta un plato honesto o normal si quiera.

Esto es lo que ignoraba la empresa del cine Madrid, y lo pagó en sus butacas. Buen escarmiento para otra vez. Cuando se cita a un público "especial" hay que recibirle dignamente o atenderse a sus protestas "especiales". De hoy más, Safo y Ganimedes con toda la corte de faunos y ninfas de la mitología griega han de asomarse a la pantalla y hacer de las suyas, si se anuncia una película "no apta para señoritas".

Porque, amigos míos, ¿qué quiere decir esta aclaración cochumbrosa, este veto que se pone en los carteles a las señoritas? ¿Y a qué señoritas se refiere? ¿A las ursulinas? ¿A las otras? ¡Pero, hombre, todavía! ¿No hemos emancipado a la mujer? ¿No le hemos concedido los mismos derechos que al hombre, incluso para corromperse? ¿Entonces...? Esa advertencia es incongruente y es, además, un insulto: insulto a la señorita que entra, porque le dice tácitamente: "eres una viciosa"; e insulto a la que no se atreve a entrar, porque le arguye: "eres una pazguata".

De todas formas es una impertinencia, una "cuquería" y un mal recurso de empresarios sin clientela. Ardid gastado que debe desaparecer.

Empresario no quiere decir ni alcahuete ni timador. Sin embargo, el empresario que en lugar de un programa de arte anuncia embozadamente una sesión de erotismo, tiene más de Celestina que de empresario; y si atrae con cebo erótico a los ex hombres para darles arte, engaña a los ex hombres, que se convierten en energúmenos, y vilipendia el arte poniéndole motes indecorosos.

En uno y otro caso merece la inhabilitación perpetua para ejercer su profesión entre personas decentes, y entra por derecho propio en la orden de los caballeros de industria, cuya distinción más alta es la pata de cabra y la ganzáa.

Es ya demasiado abuso este del "no apta

para señoritas" escrito al pie de tanta comedia necia y de tanta película mediocre.

La propaganda, hasta cierto límite; hasta el límite en que el negocio linda con la desvergüenza. Rebasar ese punto es contraproducente, porque nunca falta un rijo defraudado o un temperamento viril que protesten "sotto voce" o en tumulto como ha ocurrido ahora.

Estrenos de la semana

"Amores de medianoche", Selecciones Fílmfono

Aunque no fuese más que por el trabajo de Daniela Parole merecería verse este film. Rara vez se aunaron tan perfectamente la actriz y la cantante como en el caso de la Parole, y con menos frecuencia aún se unieron al gesto el canto y la belleza. Estas tres notas tan opuestas, tan inconciliables iba a decir, se asocian del modo más natural del mundo— como todos los milagros auténticos: la luz y el calor en el sol, el aroma y la belleza en las flores—en Daniela Parole. Y no sabe uno si es más bonita que actriz o es más actriz que cantante. Lo es todo, y de manera tan natural y sencilla, tan bien concertada en ella, que lo asombroso sería ver descomponerse el conjunto de gracias y arte y quedar sólo la belleza como en esas flores absurdas—flores frustradas—que no huelen, o predominar el arte como en esas grutas artificiales de los jardines—burla de la Naturaleza—, que parecen hornacinas esperando a una virgen blanca y azul de las que fabrican en serie, sin alma de tradición, los imagineros a sueldo.

En el infinito desfile de artistas amanera-

Horóscopos de ensayo gratuitos para los lectores de esta revista

El Profesor Roxroy, conocidísimo astrólogo, ha decidido una vez más favorecer a los habitantes de este país, haciéndoles horóscopos de ensayo gratuitos.

La reputación del Profesor Roxroy se ha extendido tanto, que un comentario de nuestra parte es apenas necesario. Su poder en leer la vida humana a cualquier distancia es sencillamente maravilloso.

Aun los astrólogos de mayor fama lo reconocen como su Maestro y siguen sus pasos. Él le dirá de lo que es Ud. capaz y la manera de conseguir el éxito. Le describirá los periodos favorables y desfavorables de su vida. La exactitud de su golpe de vista en apreciar los acontecimientos pasados, presentes y futuros, le asombrará y le será de una gran ayuda.

Si desea Ud. aprovechar este ofrecimiento especial y poseer una revista de su vida, escriba Ud. mismo su nombre y dirección, el día, mes y año de su nacimiento (todo claramente escrito con su propio puño y letra). Indique si es Ud. caballero, señora o señorita, y mencione el nombre de este periódico. No es necesario enviar dinero, pero si lo desea puede incluir 3 pesetas en sellos de su país para gastos de franqueo y trabajos de oficina.

Dirección:

ROXROY Dep. 1383 A Emmastraat, 42 La Haya (Holanda). Franqueo a Holanda. 40 céntimos



dos de esta semana cinematográfica, hemos descubierto una actriz y saludamos su paso. Lo demás queda desvanecido a su alrededor. Es el privilegio del arte. Ofuscar cuanto se le acerca y deslumbrar a quien le mira. En "Amores de media noche" sólo vimos a Daniela Parole.

"¡Vaya mujeres!", en el Callao

Éxito cómico. Los intérpretes son Edmundo Lowe y Víctor Mac Laglen, con la colaboración de Greta Nissen y El Brendel.

Argumento: Dos entrañables camaradas que se odian «mortalmente» por cuestiones de faldas y que a la hora de dar la vida por la patria olvidan sus rencillas para ofrecer un noble ejemplo de abnegada amistad.

Resultado de todo ello: Risa continua y, al final, una noble enseñanza con su poquito de emoción.

"La ley del harén", en el cine Avenida, ha obtenido un gran éxito. José Mojica y María Alba, nuestra bella compatriota, son los héroes de este film, recibido con aplauso unánime.

En el Callao se estrenará muy en breve "Marianita", interpretada por Janet Gaynor y Charles Farrell. Es una superproducción Fox que espera con impaciencia la afición madrileña.

Proa Fílmfono

El sábado, 27, se celebró en el cine de la Opera la quinta sesión de cinema cultural, científico y de avanzada, patrocinado por "Proa Fílmfono". El número culminante del programa fué "La línea general", superproducción cinematográfica realizada por S. Eisenstein. Es un poema del bronce humano en lucha por la conquista de la tierra. La censura concedió una autorización especial para la proyección de este film magnífico, indudablemente uno de los tanteos más afortunados realizados hasta el día para la creación de un nuevo arte fílmico.

ANTONIO GUZMÁN MERINO

Segunda lista de la "Agrupación Cinematográfica española", por riguroso orden de recepción.

94. D. Juan Valenzuela.—Ceuta (Cádiz).
95. " Orencio Terriza.—Bollullos del Condado (Huelva).
96. " Manuel Ostoleva.—Bollullos del Condado (Huelva).
97. " José Bañasco González.—Melilla (Málaga).
98. " Francisco Gómez.—Ininteligible la ciudad.
99. " Isidro Argemí Perarnau.—Tarrasa (Barcelona).
100. " Carlos Tomás.—Barcelona.
101. " Rodrigo Soler Palau.—Barcelona.
102. " Leandro Cañete Heredia.—Madrid.
103. D. Angeles Petrement de Cañete.—Madrid.
104. D. Juan Martínez Ramírez.—Sevilla.
105. " Ambrosio Cases.—Benejuzar (Alicante).
106. " Luis Alvarez Villanueva.—Madrid.
107. " Gaspar Santos Murillo.—Alcázar de San Juan (Ciudad Real).
108. " Juan Marey Díaz.—Lugo.
109. " Antonio Simón.—Barcelona.
110. " Manuel Juan Mateos.—Elche (Alicante).
111. " Vicente Martínez.—Elda (Alicante).
112. " José Román.—Melilla (Málaga).
113. " Antonio Reyes.—Santa Cruz de Tenerife (Tenerife).
114. " Rafael Palma Vilches.—Sevilla.
115. " Joaquín Cerveto.—Murcia.
116. " Juan Pradas.—Barcelona.
117. " Juan Cuñal Munné.—Barcelona.

NOTICIAS ILUSTRADAS Y COMENTADAS

¡Tiene razón el chico!

Al minúsculo Jackie Cooper le decía días pasados su director, Norman Taurog: «Sé natural, no imites a los actores...» Y el muchacho le respondió: «Pero, ¿no



me han dado un papel de niño malo? ¡Por eso les imito!»

Sí, Jackie, simpático rapaz: para hacer de niño malo hay que imitar a los actores, aunque parezcan buenos. Por buenos que sean no son mejores que un niño malo.

Además puedes romper las lámparas del estudio, meterte con la «estrella» y hurgarte la nariz con el dedo.

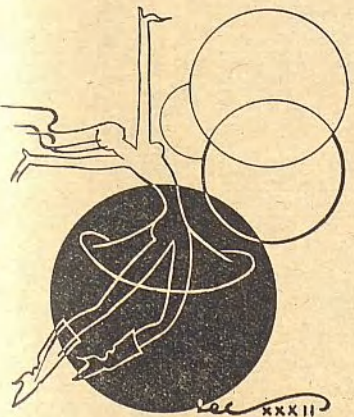
¡Estás en tu derecho!

Una rusa que no ha sido princesa

He aquí una rusa que no presume de haber sido en su país, en la época de los zares, princesa, gran duquesa o condesa por lo menos.

Se llama Naidia Efron, es bailarina y ha llegado hace poco a Hollywood.

Al preguntársele si procedía de familia aristocrática o si ha-



bía ostentado antes de la revolución algún título nobiliario, repuso:

—Nada de eso; soy hija de humildes campesinos y me enorgullezco de mi nacimiento.

Aunque Naidia no fuese realmente lo que afirma, ha hecho bien en mostrarse como persona de ínfima categoría social. Como aquel viajero español que harto de oírle decir a cierto compañero de viaje que descendía de un rey y que todos sus antepasados eran nobles, él confesó:

—Pues yo soy hijo del verdugo de Burgos y sobrino del Pernal.

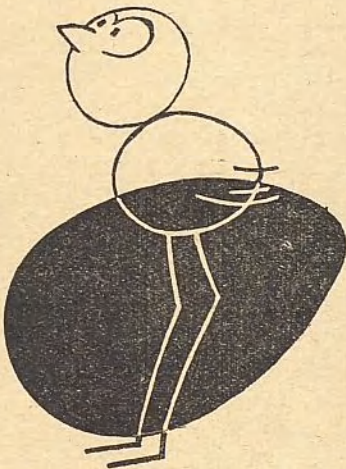
—¡Pues vaya familia que tiene usted!—comentó el alabancioso.

—La que usted me ha dejado, amigo—repuso el viajero.

Saliendo del cascarón

Leemos en un periódico:

«En la Academia de Nueva York se ha dado en primera visión una película que muestra el desarrollo progresivo del corazón y del aparato circulatorio de un polluelo desde su estado embrionario. Esta película ha facilitado la solución de ciertos problemas médicos que no se



habían podido resolver hasta ahora.»

Hay pollos (peras) con los que sería muy difícil realizar esa misma experiencia.

Y más vale así. ¡Porque sin corazón se ponen insoportables!

Todos los oficios tienen quiebras

El cinema se está poniendo mal para algunos artistas.

He aquí algunos ejemplos:

Edgar Lewis, que hace cinco años ganaba mil quinientos dólares semanales como director, está cobrando ahora ¡cuatro dólares por día como extra! Jerome Storm, que dirigió las más celebradas películas de Charles Ray, es hoy el encargado de la guardarropía de los «Hal Roach Studios». Ella Hall, que fué estrella de la Universal, gana actualmente veinte dólares semanales como empleada en una droguería de Hollywood. Y Jhon

Ince, hermano de Thomas Ince, y director que fué en la Metro, se da ahora por muy satisfecho



cuando puede trabajar como extra.

Cualquier día veremos a un celebrado actor o una refulgente «estrella» tocando un acordeón por las calles o implorando, sin música, la caridad pública.

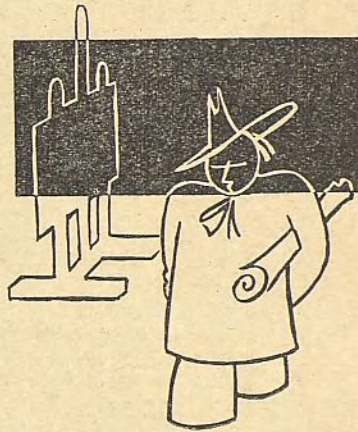
Por la boca muere el pez

Copiamos esta anécdota de Reginald Denny:

«Reginald Denny ha aprendido por experiencia propia que la impetuosidad de la juventud pue-

de ser a veces... demasiado impetuosa. Todavía adolescente, este actor tenía la ambición de llegar a ser un gran pintor, y acudía diariamente a la Real Academia de Pintura en Londres, a copiar los paisajes del gran artista Constable.

Cierta día un individuo viejo



y mal trajeado se acercó y comenzó a criticar su trabajo. «Yo estaba un poco nervioso aquella mañana—dice Denny—y le contesté con brusquedad. Cuando el individuo salía, alguien me dijo que era Poynter, ¡presidente entonces de la Real Academia! Desde entonces me he cuidado mucho de no dejarme arrastrar de la primera impresión.»

¡Tableau!

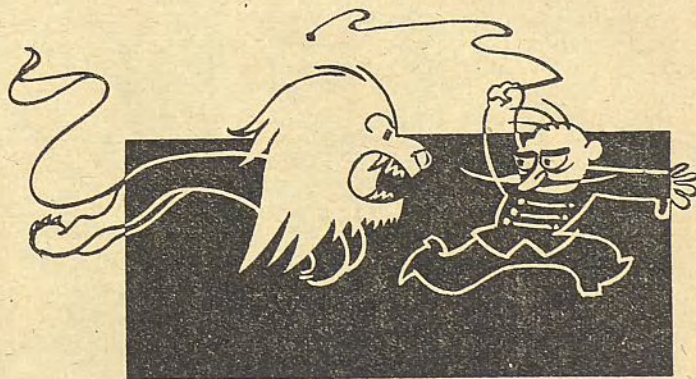
Los hay que son fieras

De tarde en tarde se lee en los periódicos que un domador ha sido destrozado por una de sus fieras.

Por muy domesticado que parezcan un león o un tigre, por muchas veces que haya hecho su domador la experiencia de meter la cabeza en las fauces de la fiera, siempre hay un momento en que la bestia tiene el

Gabriel Gabrio ha estado a punto de perecer así. Domador de mentirijillas de un león de verdad en un film de la Pathé Natan, titulado «La aventura», este famoso actor de cine se vió ya en las fauces de un león al cinegrafiar una escena de circo.

Fué tal la impresión recibida, que después confesó a Gina Ma-



instinto de la selva, que la declaró independiente, y es entonces cuando se avergüenza de que se la haya convertido en un perro de lanas o en un gato, y ¡zas!, destroza a su amo.

nes, que trabaja con él en dicha producción, que si por defectos de rodaje hubiese que repetir la escena lo haría con un león de trapo... o renunciaba a su papel. (Dibujos de Les)

"Stepping sisters"

11

De la película musical Fox de este título, interpretada por Louise Dresser, Minna Gombell, Jobyna Howland y William Collier.

The musical score is written for piano and features six systems of music. Each system consists of a grand staff with a treble and bass clef. The key signature is one sharp (F#), and the time signature is 4/4. The music is characterized by a steady, rhythmic accompaniment in the bass line, often using eighth notes. The treble line features a variety of melodic patterns, including single notes, chords, and triplets. The first system includes a repeat sign and a dynamic marking of 'p' (piano). The second system features a long, flowing melodic line in the treble. The third system includes a triplet of eighth notes in the treble. The fourth system features a series of chords in the treble. The fifth system features a series of chords in the treble. The sixth system features a series of chords in the treble.



FRANCES DEE
Actriz de la Paramount

LA "ESTRELLA" DE NEUBABELSBERG

LILIAN HARVEY es una de las figuras femeninas de prestigio más sólido del cinema europeo.

Esta muchacha rubia, frágil, esbelta y bonita que es Lilian, pone siempre una nota alegre y de arte puro en el celuloide que aprisiona su imagen.

La figura flexible de Lilian Harvey, sus piernas ágiles, su melena rubicunda, sus ojos claros, tienen un encanto irresistible que atrae y seduce al espectador. Todas esas cualidades físicas definen una de las personalidades más firmes y originales de la pantalla.

Lilian destaca y triunfa en cualquier momento del film. No importa que la escena que interpreta tenga un matiz suavemente dramático, o una frivolidad extremada. Igual cuando la música subraya la frase lírica y sentimental de la romanza o del dúo, que cuando sus piernas, finas y ágiles, trencan una danza, Lilian Harvey resulta exquisita y su arte se impone a la acción.

La «estrella» alemana ha actuado ya muchas veces ante la cámara. A cada nuevo film se advertía en ella una mayor naturalidad de movimientos, hasta llegar a la estilización actual en «El trío de la bencina», donde nos pareció más artista y más bonita que nunca.

Ahora, la Ufa, nos la va a presentar nuevamente en «Pez de tierra (se acabó el amor)», una producción del Bloch-Rabinowitch, dirigida por Anatol Litwak, y en la que toma parte, como galán, André Roanne.

Las fotos que ilustran esta página pertenecen al citado film.

ALBERTO SALAMANCA



Lilian Harvey con el director de "Pez de Tierra", Anatol Litwak.

Lilian Harvey y André Roanne en una escena de "Pez de Tierra".

Pelirrojas, rubias y morenas

por CARMEN DE PINILLOS



Lilyan Tashman, otro magnífico ejemplar de rubias.

en una flotante melenita negra, encogió los delicados hombros en un gesto desesperanzado. No pudimos menos de observar que no encendió un cigarrillo.

—La vampiresa por excelencia de todos los tiempos, Cleopatra, era pelirroja. Hizo cosas interesantes, y puso un poco de pimienta en la historia. No había «depresión» en la época de Cleopatra... así es que tenía el campo libre—, recordaba Anita—. Solamente otras dos pelirrojas se han destacado en la historia: la reina Elizabeth, y María Estuardo. ¡Y qué impulso el que dieron a los acontecimientos del día en su tiempo!

La historia moderna no ha logrado producir ninguna pelirroja. Yo tenía puestas las esperanzas en Hollywood... pero ninguna se vislumbra hasta la fecha.

—¿Y Clara Bow?—aventuramos.

Otro encogimiento de hombros.

—Clara es una rubia... no importa cuál sea el color de su pelo. Es rubia por dentro. Tiene la índole psíquica y cósmica de las rubias. Es de temperamento sereno, efusivo.

La verdadera pelirroja es violenta e imperiosa. Las cabezas rojas están destinadas a mandar. Es lamentable, pero cierto, que muy pocas pelirrojas son bellas... y ahí yace precisamente el peligro. Una belleza de cabellos rojos es muy rara. Y si son hermosas, no hay nada que se les oponga. Son mucho

más ardientes que sus hermanas las rubias y las morenas.

Muchas mujeres tratan de convertirse en pelirrojas aplicándose la alheña. La usan a fuer de señuelo para los hombres...; pero nada decepciona tanto como una pelirroja falsificada. Pregúntele usted al hombre que conozca íntimamente a alguna.

Miss Loos, que ahora se ocupa en teclear en una máquina de escribir el diálogo de cierta película en los estudios de la Metro Goldwyn Mayer, contempla con alarma la varia colección de rubias de Hollywood.

Considera a la rubia platino un producto negativo.

—Nunca ha habido ni habrá otra chica de cabellos rubio platino como Jean Harlow—dijo—. No conozco a miss Harlow personalmente, mas estoy segura de que posee una personalidad de blonda.

Lo malo de la mayor parte de las muchachas es que sean tan dadas a la imitación. Toda el agua oxigenada del mundo no convertirá a una morena en rubia. El alma sigue la misma. Las vibraciones no se pueden alterar.

Entre las mejores exponentes de las «rubias rubias» de Hollywood, Anita Loos cuenta a: Marion Davies, Constance Talmadge, Lilyan Tashman, Constance Bennett, Tallulah Bankhead y Clara Bow.

(Continúa en «Informaciones»)



Jean Harlow, una rubia platino, según la define Anita Loos.

Los caballeros todavía las prefieren rubias... pero lo que se necesita ahora es una pelirroja de esas de marca legítima, para arrancarlos a su letargo.

Esto, según la misma Anita Loos, autora de aquella famosa novela que tanto se ha leído en el mundo.

—Enséñeme usted, por gusto, uno pelirroja en Hollywood...—nos desafió Anita.

Recorrimos con la mirada aquel restaurante de los estudios de la Metro Goldwyn Mayer. Las únicas trenzas rojas que descubrimos flameaban en la cabeza de una camarera.

—¡Uy!—protestó Anita, estremeciéndose. —Esa muchacha no es pelirroja... es morena. Sí, ya sé que tiene el pelo rojo, pero su alma es de morena.

La diminuta escritora, con sus enormes ojos y ancho entrecejo y el rostro encuadrado

TALKIES
NEWYORKINOS

Las seis mujeres-mína del cine yanqui

por
AURELIO PEGO

¿POR qué, sin apenas darnos cuenta, una artista que ha gozado de la predilección del público acaba por encontrarse como en el desierto de Sahara?

Hemos oído hablar miles de veces de las veleidades del público, pero la frase, por feliz que sea, a mí no me parece muy convincente. ¿Y a usted? ¡Veleidades del público! Como si ese público que ha merecido nada menos que la designación de respetable fuera algo se-

mejante a una cupletista de café cantante.

Esas veleidades del espectador deben tener alguna razón. Cada uno puede adjudicarle la que le parezca. Y yo, por no ser menos, apunto una. ¿Usted apunta dos? ¿Quién apunta tres? ¡Hagan juego, señores! ¿Pero, dónde vamos?

Una cosa tan seria como el eclipse de los artistas, tratándola con el mismo desenfado que si estuviéramos perdiendo el tiempo y el dinero jugando al treinta y cuarenta. Como si el lector, átomo público, no fuera también respetable.



Joan Crawford, la muchacha atrevida, audaz, que llega a casa de madrugada...



Maria Dressler... su mayor atractivo consiste en su edad...

Decía que yo apuntaba una razón. La razón es esta: todo lo que se repite cansa. Veamos, para demostrar el teorema, el caso de ese gran artista de la guerra, Bonaparte (Napoleón). En su tiempo su celebridad era tanta como la de Mary Pickford en nuestra época. Peleó y venció en Montenegro, en Arcoli, en Mondovi, en Lodi, en Rivoli, en Alejandría, en Siria, en Marengo, en Viena, en Prusia, entró en París, pasó los Alpes, se coló en Rusia... ¿Pero quién no se cansa de tantas victorias? Los mismos pueblos que lo aclamaban, lo admiraban y lo ponían como ejemplo a la nueva generación, terminaron por aburrirse veleidosamente si queréis, pero con la misma veleidad que el público actual se va aburriendo de Billie Dove, de Gloria Swanson. Y la derrota de Leipzig fué el ocaso de su gloria. Exactamente igual que el cuarto matrimonio de Gloria Swanson será el ocaso de la suya.

El aburrimiento. He ahí el más formidable enemigo del artista, la langosta que asola los campos para quien vive del público, implacable como el bacilo de Koch, nefasto como las inundaciones. Y creo que ya lo

hemos insultado bastante.

Estos comentarios, amarguísimos, los sugiere el balance anual cinematográfico de los Estados Unidos. Hace unos años, pocos, el público esperaba pacientemente, en larga fila, para tomar la localidad en cualquiera de los grandes palacios del cine donde se proyectase una película de Norma Talmadge o Corinne Griffith. Soporaban el frío del invierno con resignación de oso polar, y contribuían con sus catarros y sus bronquitis a la popularidad de la artista.

Hoy ni en verano el público guardaría cola por ver sobre el lienzo a la Talmadge o a la Griffith. Hoy dejan la casa, las ocupaciones, los amigos, la radio por ver a Joan Crawford o a Marlene Dietrich o a Greta Garbo o a Maria Dressler o a Janet Gaynor o a Norma Shearer, que son hoy las seis mujeres-mína de la cinematografía yanqui.

Las seis gozan de la misma popularidad; las seis producen los mismos ingresos en las taquillas de los cines; las seis reciben el mismo número de declaraciones amorosas por mes.

Quisiera, de ser posible, que alguien me ex-



Greta Garbo, sola como una palmera del desierto.

plicase las razones psicológicas o de cualquiera otra clase que inducen al mismo público a presenciar con el mismo entusiasmo los films de Marlene Dietrich y los de María Dressler. María Dressler, recordará el lector, es la estrella que no pudo lograr serlo hasta los sesenta años. Es la estrella perdida o la estrella que vino con retraso.

Veleidades del público, repetiría alguno. ¿Veleidades con María Dressler? El público, sin duda, obra ateniéndose a razones inescrutables, indecifrables, anónimas, semejantes en su misterio, a las que rodean la causa de los catarros comunes. Acaso sea cuestión del cosmos, porque cuando uno se ve impotente para explicar algo y ese algo es verdaderamente trascendental, en seguida se recurre al cosmos cuya razón de existir, dicho sea a la larga, tampoco nos la explicamos.

En esto, como en todo, siempre cabe la libertad de opinar. Aun a trueque de parecer arbitrario—y es horrible parecer arbitrario—voy a indicar, según mi modo de ver, los motivos aparentes para la predilección del público por las seis luminarias apuntadas.

Constance Bennett parece que goza del favor general por la maestría con que usurpa los maridos a la Swanson. Sí, ahora Constance es

la marquesa de la Falaise. En Hollywood se ha hecho célebre, porque apenas Gloria despunta en algo—un vestido original, unos amigos, algún nuevo gesto en la pantalla—, la Bennett le ataja y procura hacerlo mejor. Son rivales, en todo, menos en el color del cabello. Esta rivalidad que coloca a Constance Bennett y a Gloria Swanson en el mismo dilema ante el público que el que sostenían Jack Dempsey y Gene Tunney, es constante motivo de interés general.

Marlene Dietrich y Greta Garbo constituyen otra pareja de rivales. La gente se pregunta:

¿Vencerá Marlene a Greta? La Garbo, sola como una palmera del desierto, ha encontrado en la Dietrich su sombra, y una sombra que le come terreno. Y al público, que como a los niños, le gusta estrenar todos los días y conoce bien la caída de ojos y la caída de hombros de Greta, se deja atraer por los encantos de la alemana. Pero la Garbo no es fácil de vencer. Ella y Paulino Uzcudum son las dos únicas personas en Norteamérica que no han podido ser decidida y absolutamente conquistadas, vencidas por k. o.

María Dressler tiene el atractivo de lo senil.

La gente exclama al verla: «Parece mentira que una mujer a su edad trabaje con tanto entusiasmo y tanta gracia.» Su mayor atractivo, pues, consiste en su edad. Tuviere ochenta años en lugar de sesenta y su puesto no se lo arrebataría ni Norma Shearer.

Hablando de Norma Shearer, ¿por qué figura entre las seis mujeres-mina de la cinematografía yanqui? Su atractivo está primeramente en su figura. Es una mujer larga, una mujer silueta, una espingarda, tipo muy de moda hasta el presen-

(Continúa en "Informaciones")

Norma Shearer
...La nariz un
poquito larga,
rasgo de trascendencia sa-
jona.



UNA REVELACIÓN DEL NUEVO CINEMA

GRETEL BERNDT

por JOSÉ SÁNCHEZ MORA

EN sus comienzos, el cinema sonoro y hablado adquirió una semejanza alarmante con el teatro.

Fué entonces cuando los detractores del séptimo arte, los que sistemáticamente le negaban toda cualidad artística con una persistencia s o s p e c h o s a, cuando no reveladora de ignorancia, arrieron en sus ataques, creyendo haber encontrado el argumento irresistible contra el cine.

Venían a decir, poco más o menos, que cuando el cinema dejaba de ser únicamente fotografía animada, e intentaba elevar su rango, la palabra lo convertía en teatro fotográfico; es decir, en mal teatro.

En apariencia, los enemigos del celuloide tenían razón. Y de ahí su regocijo no disimulado. Eran, en general, gentes interesadas en que el cine fracasara por considerarlo un espectáculo que por su universalidad perjudicaba al teatro.

Verdaderamente, el cinema perdía su ritmo acelerado, la acción del film languidecía en la pantalla. La palabra amenazaba acabar con el dinamismo, con la densidad y movimiento cinematográficos.

No se daban cuenta, los detractores, de que estaba naciendo un arte nuevo, de que la técnica del cine mudo no servía para el cine hablado. Lo que ellos tomaban por fracaso, no

era otra cosa que tanteos, que ensayos en torno a una técnica novísima que devolviera a la película su primitivo dinamismo.

Y así fué.

Poco a poco el cinema se alejaba del teatro y volvía a ser cinema puro, sin mixtificación teatral, sin influencias perniciosas.

El diálogo en la pantalla se ha ido simplificando, reduciendo sólo a las expresiones verbales de gran fuerza dramática, a la frase precisa, ajustada a un momento del film, reveladora de un estado espiritual, psicológico del personaje. Se ha reservado la palabra para aquellas situaciones o escenas en que tiene más valor que el gesto, procurando

que la acción no pierda la intensidad que en el cine requiere.

Igual que se ha logrado que el diálogo no influya en el ritmo de la película, se ha conseguido que la música quede sometida y sirviendo de complemento a la acción.

Aún queda bastante camino por recorrer antes de que el cinema hablado llegue a ser tan perfecto como lo fué el mudo. Pero se acerca aceleradamente hasta esa meta artística.

Ya no es la técnica —que ha sido necesario renovar totalmente—, sino

los argumentos y, sobre todo, los artistas.

Se ha dicho ya varias veces, porque es una verdad que flota en el ambiente: el nuevo cinema necesita un tipo nuevo de artista. Muchos de los que brillaron cuando la pantalla era muda, no cuajan en la hablada.

Sin embargo, van apareciendo los sustitutos, acaso lentamente, pero también continuamente.

No es nuestro propósito citar todas las revelaciones del nuevo cine. Por el contrario, sólo queremos referirnos concretamente a una sola artista, que

nos ha impresionado enormemente: Gretel Berndt. ¿Quién es Gretel Berndt?

Pocas referencias tenemos de ella, a excepción de la impresión que nos ha dejado en su paso fugaz por la pantalla como heroína de «Cuatro estudiantes», film que acaso, al publicarse este brevísimo comentario, se haya estrenado ya o esté a punto de estrenarse en Barcelona.

Gretel, en esta magnífica comedia musical, encarna una muchacha apasionada, todo sensibilidad y dulzura. Y lo hace con tanto arte, vive tan íntegramente su personaje, que su fingida aventura en el celuloide nos emociona y cautiva.

Viendo a Gretel Berndt en esta comedia, se saca la conclusión de que así tiene que ser el artista que necesita el cinema actual. Un gran temperamento de actriz, una voz melodiosa, un gesto sobrio, una figura flexible.

Y unido a todo esto, una sensibilidad tan aguda, que percibe el valor de cada escena, la calidad verbal de cada frase, la estilización de cada gesto.

Gretel está tan distante de la «estrella» del cine mudo como de la actriz de teatro. Y, sin embargo, resume y compendia las cualidades más preciosas de ambas. De esta comunión de cualidades, nace el tipo de artista que necesita la cinematografía moderna. Gretel Berndt, por comprenderlo a sí, triunfa plenamente sobre la pantalla.

Gretel Berndt, heroína de la comedia musical «Cuatro estudiantes», de cuya explotación en España se ha encargado la casa Gaumont.



FINGIMIENTO
Y REALIDAD

EL IDILIO JANET-CHARLES

por
GAZEL

En la pantalla no suelen pasar las cosas igual que en la vida. Aunque en el celuloide se recojan a veces sucesos reales y luego, al ser proyectados en la tela, nos den plena sensación de cosa vivida, no es así. Incluso los noticiarios, que no son más que meros reportajes, difieren de la totalidad del hecho verídico por la forma en que la cámara ha actuado sobre ese suceso.

Otra cosa, sería negarle al cinema su condición de arte. Supeditado por entero a la realidad, carecería de valor artístico y nos parecería más falsa su copia fiel de la vida que pasada por el cedazo artístico.

El cinema ha dado veracidad a muchos idilios entre artistas.

¿Quién no ha comentado, por ejemplo, los amores de John Gilbert y Greta Garbo? ¿Quién no ha creído en la autenticidad de un noviazgo entre Janet Gaynor y Charles Farrell, que forman, sin duda, la pareja ideal de la pantalla?

Y, sin embargo, todo es pura ficción, aunque la ficción tiene muchos visos de verdad, de cosa auténtica.

Cuesta trabajo creer que el amor entre ese buen mozo que es Charles Farrell y esa dulce muchacha que es Janet Gaynor, no pasa de ser un fingimiento. Desilusiona llegar a esta conclusión y, en cierto modo, sus admiradores se sienten un poco timados. Habría que gritarles a Janet y Charles que no tienen nin-

gún derecho a decepcionarnos y engañarnos así.

Bien que no se amen, pero por lo menos que no finjan tan a lo vivo que se aman. Si mientras van urdiendo su idilio cinematográfico dejaran traslucir sus verdaderos sentimientos; si en tanto que cruzan encendidas frases y se miran tiernamente, con arrobos, descubrieran lo que en aquel momento están pensando, la escena tomaría un cariz superrealista, pero no nos engañarían como ahora.

¡Ah!, pero es que entonces ni Janet Gaynor sería Janet Gaynor, ni Charles Farrell, Charles Farrell.

¿Que es esto demasiado confuso? Trataremos de exponerlo con mayor llaneza, con una sencillez de palabra y una lisura de concepto que lo ponga bien en claro.

Es evidente que si Charles y Janet no nos dieran la sensación de estarse amando realmente en aquellas escenas que el argumento del film lo requiere, ninguno de los dos habría llegado a los primeros planos cinematográficos, ni él ni ella habrían alcanzado celebridad.

El mérito del artista es vivir con toda intensidad los estados anímicos y pasionales del personaje que interpreta, y cuando no lo logra desmerece su trabajo, y en consecuencia es un mal artista.

Fingir en la vida lo que no se siente es una hipocresía, una inmoralidad. Fingirlo en un escenario teatral, o ante la cámara cine-

matográfica es sinceridad y virtud artísticas.

De ahí que la mentira vaya ganando nuestro ánimo hasta convertirse en verdad.

Puede ocurrirle también al artista que a fuerza de simular amor por otra persona, llega a enamorarse de ella verdaderamente.

¿Están en este caso Charles Farrell y Janet Gaynor?

Nos parece una temeridad afirmarlo y, no obstante, tampoco nos atreveríamos a negarlo.

Viendo, privadamente, el último film en que aparecen ambos—«Marianita»—, hemos pensado que bien pudiera ser cierto que Janet y Charles se amasen aun sin habérselo confesado. Más todavía: sin que el uno y el otro lo admitan.

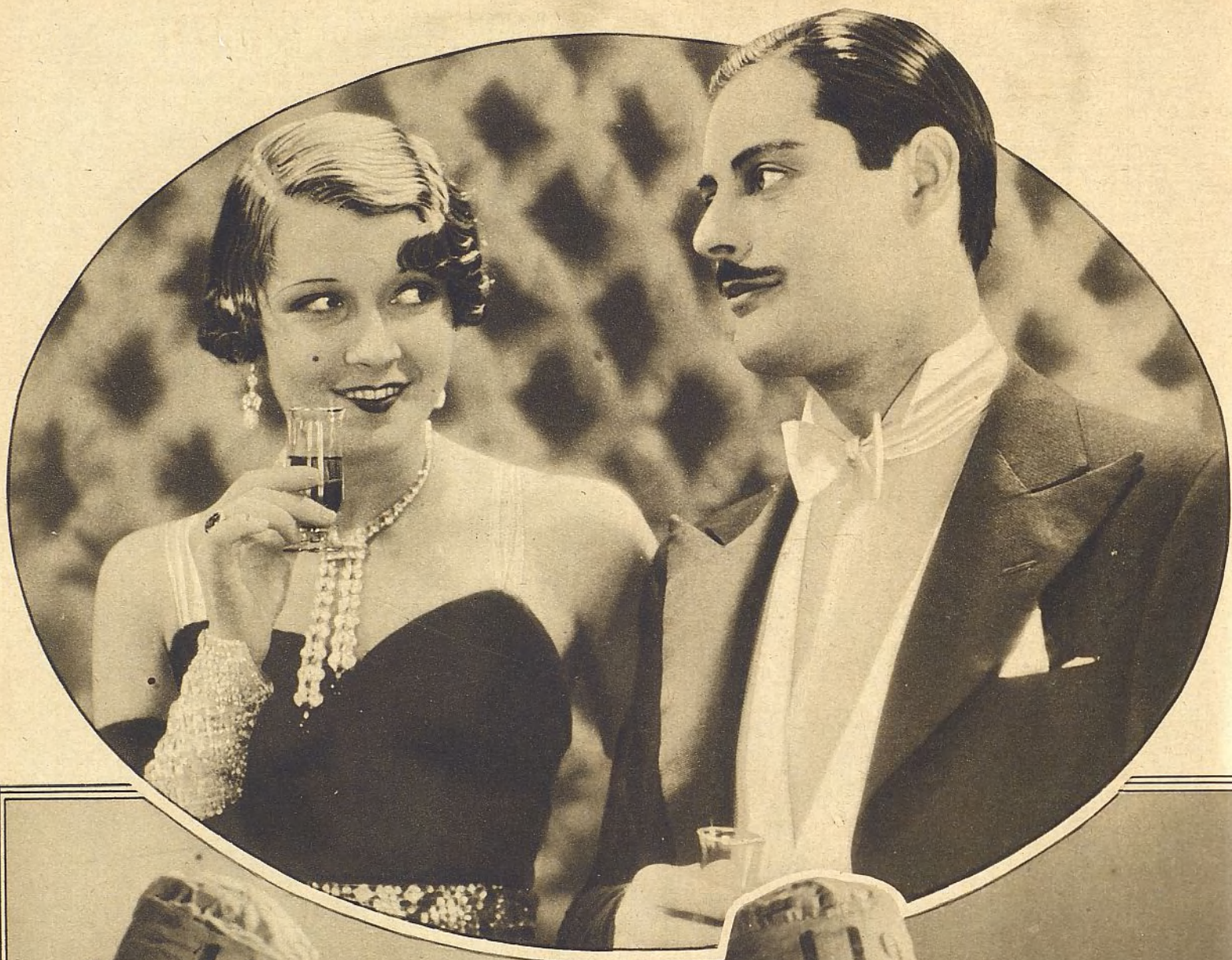
Tantas veces ha juntado sus bocas el beso, tantas veces han sentido sus cuellos la suave presión de los brazos del otro, tantas miradas llenas de ternura y de deseo han cruzado, que acaso del fingimiento haya nacido una bella verdad: el amor.

Quién sabe si un día cualquiera, cuando menos lo pensemos, nos llegará de Hollywood, donde con tanta rapidez se suceden bodas y divorcios, la noticia de que Charles Farrell ha contraído nupcias con Janet Gaynor.

En el mundo todo es posible y más posible que nada, el que dos que simulan amarse constantemente, se amen un día de verdad.



Janet
Gaynor y Charles
Farrell, en una escena
de «Marianita», el últi-
mo film de la Fox en
que aparece esta
pareja.



LOS GRANDES ESTRENOS DE LA TEMPORADA.

René Clair, el gran animador francés, ha logrado su obra maestra en

¡Viva la Libertad!

Un film de Selecciones Fílmófono, distribuido por Febrer y Blay, en el que campean la gracia, el humorismo y el arte de este gran animador.



GRETA GARBO ha sido siempre, y sigue siéndolo, una fuente tan inagotable de sugerencias y comentarios, que a pesar de lo mucho y extensamente que se ha hablado, rumoreado y fantaseado alrededor de ella, se ve uno con ánimos de aventurar también sus cuatro palabras acerca de esta actriz, aunque sólo sea para expresar la sincera admiración que siempre nos ha inspirado.

Pues bien; quisiera hoy hablar de cierto sector de nuestro público que quiere hacernos creer por to-

dos los medios que esta actriz se halla actualmente en franca decadencia y alegan como razón a la cual atribuyen este extraño descenso en su popularidad la de que Greta ha dejado de ser, en estos úl-

timos tiempos, la «mujer fatal» de sus primeras películas, perdiendo con ello su figura todo su interés y originalidad. Pero... si precisamente lo que le sobraba a Greta era eso, ese «vampirismo» o llámesele

como se quiera, que le fué impuesto por sus directores en sus primeros films, y que ella, con muy buen acuerdo, ha ido poco a poco dejando a un lado hasta llegar a ser una actriz, más perfecta, menos convencional, y más humana. Una actriz sin especialidades morbosas ni particularidades patológicas de ninguna especie, sino simplemente una buena actriz. Nada más... y nada menos.

Es curiosa la manía de ese sector del público que no puede sufrir la aparición de la Garbo en la pantalla como no sea en papeles de mujer de mundo y cubierta de joyas y sedas. Por eso se ha dado el caso lamentable de que en el reciente estreno de su película «Ana Christie», en la que aparece modestamente vestida y sin refinamientos de ninguna clase, fuera recibida hostilmente desde un principio por ese público que quiere exigir que siga

siendo la erótica y refinada heroína de «El demonio y la carne». En la antes citada película realiza Greta Garbo una labor verdaderamente magistral, a mi modesto entender, pero como interpreta a una muchacha de los bajos fondos, y además no se digna repartir ósculos venenosos a troche y moche, la decepción fué general.

Afortunadamente, la mujer desequilibrada, neurótica y desapacible de sus antiguas películas ha desaparecido para siempre. Podríamos decir que Greta Garbo se ha hallado por fin a sí misma después de las mil probaturas a que estuvo sujeta para desfigurar, en vez de definir su personalidad, y harta ya de obedecer las órdenes de sus directores. Y ha surgido la Greta verdad, la actriz que nos ha dado interpretaciones tan excelentes como las que ha realizado en cualquiera de sus últimas películas: «El beso», «Romance», «Inspiración», «Ana Christie», tipos de mujer apasionada, humanamente apasionada, tierna, con ternura de mujer ya madura y sobre todo sensata, tipos reales, tan distintos de los que dió a conocer en «El demonio y la carne», «Ana Karenina», «La tierra de todos», que no comprendemos cómo pudieron agradar tan extraordinariamente, como no sea porque Greta es una actriz capaz de hacer verosímil y aceptable cualquier papel que se le encomiende por absurdo que sea.

Por eso, si es verdad que Greta ha perdido algo de su popularidad entre esos sus pseudoadmiradores, más debiéramos alegrarnos que otra cosa. Eso indica que Greta ha renegado ya por completo de sus supuestas y tan comentadas cualidades de sensualismo altamente artístico que se empeñaron en ver en ella primero sus

¡Greta, ahora y siempre!

por GLORIA BELLO

Greta, con el exótico tocado que luce en su película «Mata-Hari», en la que aparece con Ramón Novarro.



directores y después el público, cosa que le ayudó mucho a conquistar rápidamente la fama, es verdad, pero una fama no muy honrosa a mi entender, cuando ella con su arte simplemente tenía bastante para ganarse una gloria mucho más elevada y más legítima.

Otra de las cosas que también han dado bastante que hablar ha sido su voz. Pretenden algunos que la voz de Greta es singularmente varonil, dura y opaca. Los que así hablan se ve que no entienden de matices y confunden lamentablemente la gimnasia con la magnetesia. Greta posee, sí, una voz llena, profunda, de acentos graves, una voz de mujer hecha y derecha, pero, ¿es que puede alguien imaginársela con una voz estridente de colegiala pizpireta o una voz suave de muchacha dulce y sentimental? El público está acostumbrado a la voz, siempre la misma con idéntico acento e iguales inflexiones de las artistas norteamericanas, y ante la voz de Greta y el acento de Greta, tan completamente distintos, quedan un poco desconcertados. Pero esa es simplemente la voz que corresponde a su figura y a su tipo psicológico.

Creo muy sinceramente que Greta tiene que darnos todavía interpretaciones muy superiores a las realizadas hasta ahora; es decir, que hemos de verla en películas de más envergadura y que estén más en consonancia con sus posibilidades artísticas que las que nos han presentado hasta ahora. Veremos próximamente «Susan Lennox» y «Mata Hari», sus últimas películas sin estrenar en España, y asimismo «Gran Hotel», la que se halla filmando actualmente.

Lo que sí celebraríamos, es que sus pretendidos admiradores dediquen su admiración morbosa a quien se haga acreedora de ella,

y no se empeñen en ver en Greta Garbo a la «hembra», representando como representa tan magistralmente a la «mujer». Que no es lo mismo.

Siluetas del cinema español

María Calvo

MARÍA CALVO, nació en Zaragoza, España, el día 15 de agosto de 1892. Su educación primaria

tuvo lugar en la misma ciudad, pasando más tarde a Barcelona, en cuyo centro debutó a la edad de once años, en el Teatro Tivoli.

Desde entonces María Calvo se ha dedicado en cuerpo y alma al arte histrónico, trabajando durante veintitrés años, como dama joven primero y característica más tarde, en teatros de España, Ar-

gentina, Brasil y las Indias.

Su debut en el cine fué en una película parlante en español que se llevó a la pantalla, con el título de «Sombras de gloria». Más tarde apareció en «Benson Murder Case», para la Paramount, siguiéndola otras muchas para la Metro, Universal y Columbia. María Calvo apareció también en la

primer película en español que esta última compañía produjo y que tanto éxito alcanzó: «El Código Penal». Después jugó un importante papel en «Carne de cabaret».

María Calvo ha viajado intensamente. Su carrera artística la ha llevado a diferentes lugares, dándole una oportunidad de compenetrarse con el carácter y la psicología de diferentes pueblos de la tierra.

En la vida privada María Calvo es la señora Miceli. Esta artista tiene 5 pies 4" de alto y pesa 137 libras. Cabellos castaños. Ojos grises.

Greta Garbo, según la ve el dibujante español Coke.



DESDE
PARÍS

Una obra de Dostoiewski en la pantalla

por MARIO
ARNOLD

ERAN las diez de la mañana. Al lado del café de París me dejó un taxi, bastante cansado por el ajetreo del viaje—es una broma ir a Joinville, desde Billancourt—. Tomé un aperitivo en la terraza, con la sola intención de

esperar a que salieran los amigos de Paramount. Pero, cansado en la espera, pasé el puente famo-

so y me dirigí hacia el Hotel Printania—mi antigua morada—, donde, seguramente, encontraría

a Catalán—. Catalán es un muchacho, fabricante de muñecos, que hizo en España, con su mujer, la película «Pilar Guerra» y que, ahora se dedica a vender fetiches—, contruidos por él—, para los

automóviles, al por mayor—. No estaba en casa. Entonces decidí llegarme a los Estudios de Pathé Natan, para ver cómo filmaban las últimas escenas de «Karamasoff, el asesino». Conocía, del domingo anterior, a Anna Sten y pensé que era ella el mejor elemento para guiarme por la babel moderna. Efectivamente: Estaba en el restaurante.

—Buenos días, Anna Sten.

—Buenos días, amiguito mío. Ya creí que se había olvidado de venir a verme...

—No tanto, por Dios.

Un muchacho fuerte, atlético, algo despeinado y vistiendo el uniforme de los zares, se acercó a nuestra mesa para tomar asiento.

—Mire, le presento a Fritz Kortner, protagonista, conmigo, de «Karamasoff, el asesino», la novela famosa de Dostoiewski.

—Servidor de usted.

Después hizo su presencia la revoltosa Josseline Gael y se llevó de la mesa a Anna Sten.

—Hasta luego...

Fritz Kortner y yo, frente a frente, ante un vaso de vermohut francés... Como si fuéramos amigos de toda la vida.

—¿Está usted contento con su trabajo en este film?—le pregunté.

—Contentísimo. Es un asunto espléndido y el «role» que me han confiado, parece como si hubiera sido escrito pensando en mí. Estoy muy satisfecho. Y puedo asegurarle que acabo de hacer una verdadera creación.

—¿Han terminado la película?

—Hace dos horas.

—Entonces... ¿qué piensa usted hacer?

—Ahora, dar un paseo en lancha, por el río. ¿Quiéreme acompañarme?

—Encantado!

Nos despedimos definitivamente de Anna Sten y de Josseline Gael, que paseaban alegremente por el jardín, y, a los cinco minutos, este Fritz Kortner—que es tan simpático y tan artista—, fletaba una barca en las orillas del Marne.

—¿Iremos seguros?—pregunté.

—Los remos a mí, los remos a mí...—exigió sonriendo—, usted es capaz de volcar la lancha. ¿Ha remado alguna vez?

—Nunca.

—Me lo figuraba.

—Digo que nunca en este río, pero, en la mar...

—No le creo. Vaya,

Fritz Kortner
en su caracterización de
«Karamasoff,
el asesino».





De no encontrarlo en su localidad, solicítelo a
LABORATORIO E INSTITUTO DE BELLEZA TEJERO - Cortes, 613

siéntese ahí, enfrente, y no se mueva.

—¿Pero, podré hablar, no?

—Si no es muy fuerte...

—Vamos a ver, capitán de barco...

—Hombre, me parece que es de otra cosa el uniforme que llevo...

—¿A dónde vamos por aquí, a Buenos Aires?

—No, a Madrid.

—Madrid no es puerto de mar.

—¡Caramba, pues lo ignoraba!

—Pero, hombre, quítese usted la guerrera que va a sudar demasiado.

—Tiene usted razón. Sostenga los remos. ¡Ajajá!... Démelos.

Una canoa automóvil pasó rápidamente por nuestro lado, dándonos un chapuzón. Fritz Kortner levantó el remo en alto, gritando con toda toda su fuerza: ¡Brutos!

Si está cerca de ellos estoy seguro que les pega.

—Dígame, y no se enfade...

—¿Pero, no ve usted cómo me han puesto de agua, con lo fría que está?

—También a mí, y no me preocupo.

—¡Brutos!

—Dígame, Fritz: ¿Cuántas películas ha hecho usted?

—Veintidós mudas y doce habladas.

—¿Quién cree que tiene más parte en el éxito de un film, el director o el artista?

—Nosotros se lo debemos todo a él, pero él sin nosotros no haría nada. En total. El éxito se debe, francamente, a la realización. Un buen «metteur en scène», aunque los artistas sean ma-

los, puede hacer que el film salga, sino magnífico, regular, gracias a su talento. Pero unos artistas buenos con un director infame, perderán el tiempo.

—¿Y quién de los dos —director y artista—, tiene más responsabilidad ante el público si la película es mala?

—El artista, siempre el artista. En ese momento, los espectadores recuerdan solamente las imágenes que están viendo, porque la quedado muy atrás el nombre del realizador. Y para los artis-

Anna Sten, en el film OSSO "Karamassoff, el asesino".



grejo, que siempre va para atrás...

—¿Tiene usted novia?

—Se tiene sola.

—Vuelvo a hablarle en serio.

—¡Ah!, pues no la tengo... Y quisiera conseguirla, para que me acompañara en estos paseos por el Marne... Siempre es más agradable llevar a una mujer.

—Hombre, muchas gracias.

—Pero nunca como llevar a un buen amigo... No había terminado, ¿sabe?

—¿Es cierto que «Karamassoff, el asesino» se estrenará pronto en España?

—Ciertísimo.

Callamos. Fritz Kortner se puso la guerrera y volvió a darme los remos. Diez minutos después, fuimos a reunirnos en el restaurante de los Estudios, con Anna Sten y Josseline Gael, en torno a unos platos de tallarines, riquísimos. Fritz pidió una botella de champagne y obligándonos a levantar las copas llenas, brindó con la suya, también en alto: ¡Por el triunfo de «Karamassoff, el asesino», en España! ¡Por todos los españoles!

Y a este brindis, bebimos, hasta la última gota, todo nuestro champagne.

París, 1932.



CASTIGADORAS

La palabra ha tenido fortuna.

No sabemos ahora si existía antes que el tipo de mujer que merece ser así designada, o bien si la mujer precedió a la palabra.

Sea como fuere, es lo cierto que la "castigadora" existe. Es esa muchacha que al pasar os lanza una mirada prometedora de placeres inéditos, acompañada de una sonrisa pícaro y perturbadora.

Una "castigadora" no es, precisamente, una vampiresa, aunque se asemejan mucho.

A esta Fanny Clair, a esta "estrella" francesa del cinema, ¿cómo la llamaremos?

Nosotros votamos porque se la incluya entre las "castigadoras" mejor que entre las vampiresas.



Un dolor insignificante le molesta lo suficiente para hacerle buscar un remedio eficaz. Pruebe el moderno preparado, LAPIZ TERMOSAN



Es corriente la TORTÍCOLIS durante invierno. Acuda pronto a remediarla con el LAPIZ TERMOSAN



Cuando la BRONQUITIS y RES-FRIADOS nos molestan día tras día y amenaza una CONGESTIÓN, hay que combatirlo con insistencia. Un remedio fácil y seguro, el LAPIZ TERMOSAN



Las excesos de los deportistas que se traducen en dolores por todo el cuerpo, se combaten con el LAPIZ TERMOSAN



El punto favorito de estacionamiento del DOLOR son las articulaciones. Desaloje tan molesto huésped aplicándose el LAPIZ TERMOSAN

Por precauciones que se tomen y por mucho que nos abriguemos, hay que rendir tributo a las molestias que el frío y la humedad aportan todos los inviernos. Con desagradable constancia, a los primeros fríos, el DOLOR EN LA ESPALDA, PECHO, BRONQUITIS y otros, hacen su aparición hasta que al llegar la primavera desaparecen. Esto no quiere decir que debemos aceptar estas molestias como fatales, cuando existen preparados como el LAPIZ TERMOSAN, de tan buenas cualidades para curar y aliviar dolores. No sola-

mente para los de origen REUMÁTICO y CIÁTICA, sí que también para NEURALGIA, TORCEDURAS, DOLORS MUSCULARES, producidos por exceso de trabajo, el andar largas jornadas y los deportes. Para todos está indicado el uso del LAPIZ TERMOSAN, cuya presentación completamente nueva hace que el preparado sea sumamente cómodo y práctico de aplicar, pues para su uso no se necesita ninguna preparación previa.

LAPIZ TERMOSAN



Se vende en Madrid: Farmacia Gayoso. — Sevilla: Ferrés, Gil. — Valencia: Gamir, Gorostégui. — Zaragoza: Rived y Gholiz. — Bilbao: Barandiarán. — Murcia: Droguería Ayuso. — Oviedo: Ceñal y García Zaloña, etc., y en todas las principales farmacias y Centros de Específicos a 4,25 ptas. el tubo. De no encontrarlo en su farmacia, pídale al depósito general para España y América, Ramón Sala, calle París, 174, Barcelona, contra envío de su importe por giro postal o sellos correo. Solicite folletos gratis

POSTALES DEL CINEMA

Constance Bennett, la maravillosa

por FERNANDO DE OSSORIO



publicará semanalmente en artísticas postales, las más bellas fotografías de los grandes artistas en sus más importantes creaciones. Cada colección contiene:

8 magníficas postales en huecograbado y suplemento, con argumento de la película. Precio:

30 CÉNTIMOS COLECCIÓN

Están a la venta las dos primeras colecciones con las fotografías y argumento de PAPA PIERNAS LARGAS, por Janet Gaynor y LA LEY DEL HAREM, por José Mojica, EL TENIENTE SEDUCTOR, por Chevalier, CHERI-BIBI, por Ernesto Vilches y CAMAROTES DE LUJO, por Edmund Love.

Estas colecciones serán el mejor recuerdo de los grandes films de la temporada.

De venta en todas las papelerías y quioscos.

Si no encuentra estas colecciones en su localidad, envíenos su importe en sellos de correo y se las remitiremos franco de portes. - Editorial Gráfica, Rambla de Cataluña, 66, Barcelona.

MARAVILLOSA por su sencillez y por su naturalidad.

En Constance Bennett no hay nada suntuoso, decorativo, exagerado. Ni en su indumentaria, ni en su pergenio físico, ni en sus costumbres, ni en su arte.

Esta mujer rodea su vida de naturalidad. Los gestos, los ademanes desmesurados,

los rechaza su temperamento, por falsos.

El drama, el sainete, la comedia y el vodevil, han intervenido en su vida como en la de todos los seres humanos. Pero ella, Constance Bennett, los ha aceptado siempre sin aspavientos, sin gritos, sin remilgos y sin sorpresa.

Las cosas suceden cómo y cuándo tienen que suceder. Tienen lógica o carecen de ella, pero en uno y otro caso hay que aceptarlas tal como vienen.

Estos conceptos forman lo que podríamos llamar la filosofía de esta gran artista. Filosofía poco complicada, acorde con su carácter llano y sin esguinces.

A Constance se le suele pintar de muy distinta manera a como es en realidad.

¿Por qué?

Esto pertenece, sin duda, al secreto publicitario de los yanquis. El mismo secreto publicitario que nos presenta a Greta Garbo como una mujer esfinge y a Marlene Dietrich como una hembra todo pasión, dominada por la carne que envuelve su espíritu.

Y la verdad, es que Greta es una mujer sin nada misterioso en su existencia, que pasa plácida, sin complicaciones y que Marlene es una mujer sin aventuras galantes, con un instinto maternal tan agudo y sensible que la convierte en una madre y en una esposa modelo.

¿Qué todo esto tiene poco encanto, poco atractivo?

Según la manera que cada cual tenga de apreciarlo. Para nosotros, no hay poesía comparable a la de una vida clara y limpia, ni aventura más interesante que la de una mujer de éstas, rodeadas de un ambiente pro-

(Continúa en "Informaciones")



Constance Bennett, la bella artista sobre quien tantas cosas se cuentan, aparece en varios films de la casa Almira.

LA ARGENTINITA NOS HABLA DE SUS DANZAS

UN amigo me dió la noticia interesante; quise hacerle varias preguntas, pero temí que no supiera contestarlas. Había oído lo que acababa de decirme. ¿Será cierto?—pensé. Y, en seguida, un taxi me dejó en la calle del General Arrango, donde vive Encarnación López, «la Argentinita».

—Pase usted... Por aquí... Siéntese, tenga la bondad.

Me hallaba en un amplio salón, lujosamente amueblado, en cuyas paredes había infinidad de fotografías interesantes: artistas famosos, hombres célebres, etcétera. Todas ellas con amable dedicatoria y enmarcadas en el mismo tono.

—¡Ah!, ¿es usted?

Apareció ante mí esta mujer hermosa, de grandes y negros ojos, de cuerpo alto y esbelto, de andar menudito y apresurado, de sonrisa simpática y contagiosa. Esta mujer que, durante mucho tiempo, ha sido la reina de las Variedades en España y cuyo nombre conocen todos los públicos.

—Sí, yo soy. He oído que trabajará usted en el Teatro Español.

—Cierto.

—¿Cuántas actuaciones?

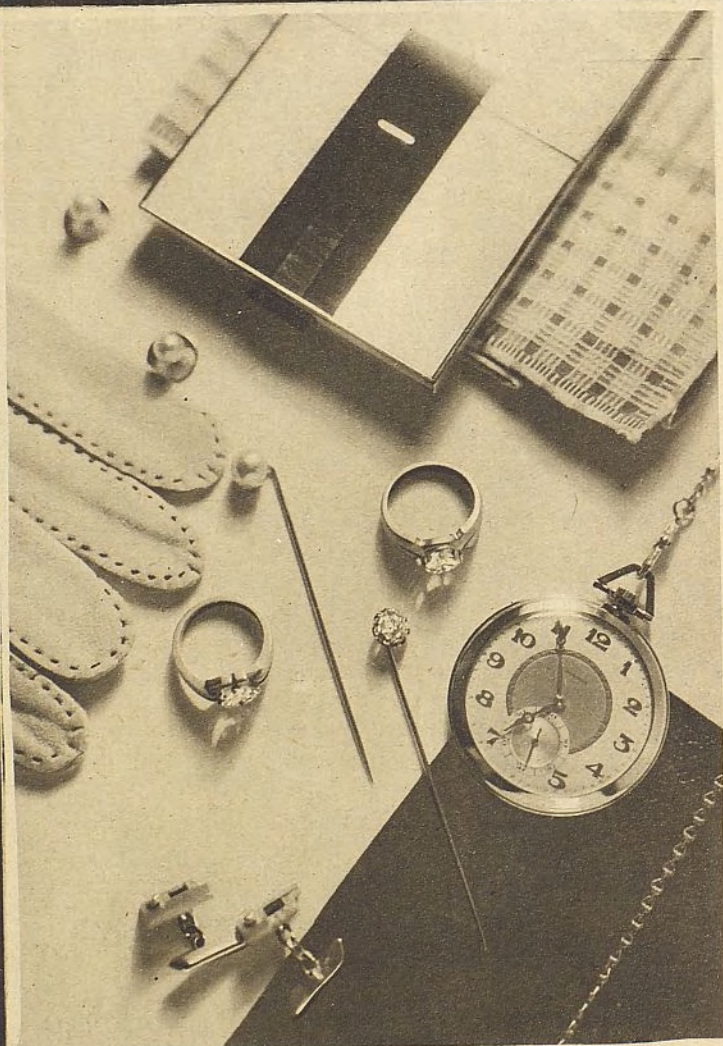
—Dos solamente.

—¿Y, qué hará?

—Cantaré canciones populares antiguas, recogidas y armonizadas por el poeta Federico García Lorca. Interpretaré a los músicos españoles del siglo XIX; entre ellos figuran Bretón, Giménez, Chueca...

—¿Puede adelantarme algo del programa?

—La primera parte está formada por una danza nueva de Granados, «Leyenda» de Albéniz, la farruca de «El sombrero de tres picos» y la canción y danza del fuego de «El amor brujo», de Falla. Hay dos roman-



Creaciones
que son el
complemento
de la elegancia
masculina.

JOYERO

J. ROCA

RAMBLA DEL CENTRO, 33 - PASAJE DE BACARDÍ, 2

ces: «Los mozos de Monleón», que vestiré con traje típico de Candelario, y «Los peregrinitos». Después unas sevillanas del siglo XVIII, «Los cuatro muleros», canción de Extremadura, «Las tres hojas», canción andaluza, «La nana de morón», «El café de chinitas», canción malagueña del siglo XIX, y «Las morillas de Jaén», tonada del siglo XVII.

—¿Quién las ha escenificado? ¿Quién ha hecho los figurines?

—Bartolozzi.

—¿Y cómo se la ha ocurrido esto?

—Preferí vivir durante algún tiempo alejada de los escenarios. Pero al llegar de Nueva York impresioné unos discos de García Lorca, y obtuvieron éstos un éxito tan grande que, mis amigos, Margarita Xirgu y Rivas Cheriff me animaron... Entonces hice mi programa a base de dichas canciones. Con alegría porque se trataba de algo nuevo, original, algo que creo gustará al público. Ya ve, desde mi llegada de América he recibido infinidad de proposiciones para trabajar. Y no las he aceptado por eso... porque no tenía una cosa nueva, a mi gusto.

Ahora están de moda esta clase de conciertos, pero, «La Argentinita», en el año 1915, daba todos los miércoles, en la Comedia—no recuerdo bien—, unas funciones llamadas, «Fiesta Artística Argentinita»—siendo ella la primera en interpretar esta clase de música—, danzas de Albéniz, pues entonces sólo se conocían las tonadillas antiguas y los boleros. Y ella sola completaba el programa, obteniendo los triunfos más ruidosos que se han conocido en este arte.

(Continúa en «Informaciones»)

PANTALLAS DE BARCELONA



ESTRENOS



Fantasio: "Pez de tierra"

UN asunto sencillo y convenientemente absurdo para que la deliciosa Lilian Harvey luzca sus dotes extraordinarias de bailarina y de actriz y de paso el encanto de su cuerpo semidesnudo.

Un joven millonario, harto de que sus venturas galantes acaben siempre teniendo que indemnizar a los maridos, apuesta una fuerte suma con un amigo suyo, comprometiéndose, durante cinco años, a no emprender la conquista de ninguna mujer ni dejarse seducir por ellas.

Como quien quita la ocasión quita el peligro, se hace a la mar en su yatch con una tripulación compuesta por individuos que como él renuncian al amor.

La presencia en el yatch de una muchacha, trastorna todo el plan, después de una serie de escenas y de situaciones chispeantes de gracia.

Claro que cuando esa mujer es tan bonita y traviesa como Lilian Harvey, se explica una completa rectificación de conducta, aunque el galán sea tan frígido como André Roanne y tenga un sirviente que esté tan sobre aviso como Armand Bernardt.

Esta opereta cómica está cantada en francés y su presentación es digna de la Ufa.

El público la acopió con agrado.

FERNANDO DE OSSORIO.

Urquínaona: "Madame Satán"

ESTE film de Cecil B. de Mille escapa a toda clasificación. Puede admitirse, sin embargo, el calificativo de fantasía que se le ha dado por su misma vaguedad.

En «Madame Satán» se mezclan el vodevil, la humorada cómica y la tragedia. Y hay que reconocer que el «cock-tail» está muy bien hecho.

Las primeras escenas son francamente de vodevil. De vodevil sin procacidades, ni atrevimientos excesivos. De Mille ha salvado con tacto las situaciones escabrosas, suavizando los matices y acentuando la nota cómica. La misma anécdota que es centro de la acción, es de carácter vodevilesco, aunque conviene insistir en que ni un sólo momento traspasa los límites de lo moral.

Un marido se aburre en su hogar. Hay una mujer que le ofrece las sensaciones, los placeres, que la propia, que posee un concepto elevado de la dignidad del matrimonio, le regatea.

Cuando la esposa se apercibe de que va a perder para siempre al hombre que ha compartido con ella el hogar, se lanza a su reconquista empleando los mismos medios de seducción que la amante.

Una fiesta que se celebra a bordo de un zeppelin, harto licenciosa, aunque de carácter benéfico, le brinda la ocasión. Se presenta en el baile de trajes del aeroplano, con un disfraz originalísimo que destaca soberbiamente las líneas de su cuerpo, pero cu-

bierto el rostro con un antifaz para no ser reconocida.

Bajo su máscara atrae al esposo y desbancan a la amante.

¿Quién puede reconocer en «Madame Satán», a la tímida esposa abandonada? Es ella la reina de la fiesta, la mujer más ardiente, seductora y disputada de todas.

Sólo cuando ha enamorado de nuevo al esposo, valida de la incógnita de su disfraz, se descubre a él. Y gana la partida.

El argumento, tal como se desarrolla, da ocasión a situaciones muy divertidas, a hu-

DINERO en su CASA

Hombres y mujeres que sepan leer y escribir, pueden ganar dinero en cualquier localidad, sin salir de su casa.

Escriba a:

PUBLICACIONES UTILIDAD
Apartado 159 - VIGO - España

moradas muy graciosas y pone en tensión los nervios del espectador en las escenas de la tormenta que se desencadena sobre el zepelin, estupendamente logradas y de una gran belleza.

La confusión, el pánico que se apodera de los que ocupan la aeronave, su salvamento con los paracaídas, son momentos de intensa emoción, rota, a veces, por un detalle cómico o por una aguda ironía.

Kay Johnson resulta encantadora en su papel de esposa; Reginald Denny interpreta con acierto el del marido y Lilian Roth, presta al suyo de amante la picardía y gracejo que requiere el personaje.

«Madame Satán», que lleva la marca M.-G.-M., fué acogida con aplauso por el público.

GAZEL.

Tivoli: "La divorciada"

CADA año la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas de Hollywood, institución oficial que encauza y controla los altos estudios científicos del cinema, ofrece un premio oficial a la mejor interpretación del año. Este premio consiste

en una magnífica estatua de oro que pasa a poder, durante todo el año, del artista agraciado por tan honrosa distinción.

Este año el trofeo de la Academia ha sido otorgado a la eximia Norma Shearer, que ha acertado a crear en «La divorciada» el papel más humano y veraz de la temporada.

En «La divorciada», Norma Shearer alcanza acentos de un dramatismo que demuestra una vez más la imponderable agilidad artística de esta bellísima y gran actriz.

En este drama de palpitante humanidad, Norma Shearer desentraña con su finura peculiar la psicología de una mujer moderna, que confía al divorcio la solución de un conflicto sentimental.

El tema, de una actualidad palpitante, es un estudio documentadísimo de la situación especial de la mujer divorciada, que debe ser estudiado muy cuidadosamente por aquellas personas que se interesan por la aplicación del divorcio en nuestro país.

En este film de la M.-G.-M., admirable de enjundia, excepcional de interpretación, aparecen junto a Norma, artistas de tanto mérito como Chester Morris y Conrad Nagel.

El estreno de «La divorciada» constituyó un éxito grande y muy merecido.

X.

Capitol: "El doctor Frankenstein"

LA Universal sigue, a nuestro juicio, una orientación equivocada.

Nos ofreció, hace poco, una película de series, y ahora un drama espeluznante: «El doctor Frankenstein».

Si aquel primer film era de técnica y argumento deficientes, éste está mejor logrado, pero no responde al gusto de la época ni es digno de figurar en la cinematografía moderna, que es estilización del asunto y del gesto, emoción pura igual cuando sigue la línea cómica, que cuando tiene un matiz sentimental, dramático o realista.

Producciones como «El doctor Frankenstein», de tonos tan folletinescos, producen en el público—hasta cuando están bien, como en este caso—el efecto contrario al que se pretende. Esto es: que no consiguen impresionarlo fuertemente, sino que en algunas escenas provoca su risa.

Tal pasó en el estreno de «El doctor Frankenstein».

A. S.

AGRUPACIÓN CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA

D. domiciliado en
provincia de calle número
solicita su ingreso como socio en la **AGRUPACIÓN CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA.**
..... de de 1932
Firma del interesado

NOTA: La solicitud del ingreso a nombre del Director de "Popular Film", París, 134, Barcelona.

INFORMACIONES

Pelirrojas, rubias y morenas

(Continuación de la página 3)

—Toman las cosas como vienen—explica. En su lista de «morenas rubias» coloca la autora a: Greta Garbo, Mary Pickford, Ann Harding, Marlene Dietrich y Joan Crawford.

—Las rubias—dice—, son inherentemente rubias. Son alegres y de ánimo levantado. Frágiles, sí; pero no dadas a preocupaciones. No toman la vida seriamente. Siempre llenas de optimismo. Nunca piensan en cosas de entidad. No sufren. Son chistosas, enérgicas, buenas camaradas, divertidas, el

alma de la fiesta. Nunca habrá visto usted a una rubia con el corazón destrozado.

Las morenas, por el contrario, son amorosas y constantes. Se inclinan a pensar seriamente. Contemplan la vida con ojos de tragedia. Son caseras por naturaleza. Algunas rubias nacen con alma de morenas, y pertenecen a la especie morena, cualquiera que sea el color de su cutis o de sus cabellos. Su índole es puramente morena. Yo, por ejemplo, pertenezco al tipo moreno más marcado. Soy un payaso de alma trágica. Cierta psicólogo me predijo que moriría por mis propias manos. ¿Puede usted imaginarse a una rubia con semejante perspectiva?

—¿Y los caballeros todavía las prefieren rubias?

—Sí. Cuando un hombre está enfermo, realmente enfermo o en tribulaciones, busca a una morena para que lo cuide y lo mime y se tome el millón de molestias por él. Pero en sus ratos alegres, sus horas de solaz, prefiere todavía a las rubias.

—Y, ¿dónde es que entran las pelirrojas? Una chispa de malicia brilló en los grandes ojos de Anita.

—La pelirroja les quita los hombres a rubias y a morenas... ¡pero los manda a casita para que los azoten, una vez que se cansa de ellos!

Las seis mujeres-mina del cine yanquí

(Continuación de las págs. 4 y 5)

te. Luego tiene aire de hija de familia rica y esto de la riqueza es un factor que nunca desprecian los públicos de Norteamérica. Tiene, además, la nariz un poquito larga, rasgo fisonómico de trascendencia sajona, por lo que Norma es considerada en los Estados Uni-

dos como artista de la raza. Como Lupe Velez es artista de la raza para los mejicanos.

La infancia cuenta en la América del Norte con todas las simpatías. Y ahí queda explicada la razón del privilegio público de que goza Janet Gaynor hoy, Mary Pick-

ford ayer. Janet Gaynor es una cosa frágil, menuda, llena de sentimentalismo, de inocencia y de candor. Viéndola, a las mujeres maduras se les parte el corazón, a los hombres los entenece, a los niños los atrae como si fueran de su igual. La Gaynor es un mito.

La juventud de la época, la chica del «jazz», la muchacha atrevida, audaz que llega a casa de

madrugada y se insolenta con sus padres, la niña de post-guerra, todo eso y mucho más lo encarna Joan Crawford. ¿Hay que explicar algo más su éxito?

Aunque son seis las que aparecen en la primera fila del favor por parte del público americano, he incluido a Constance Bennet no sólo por ser rubia, cualidad que siendo yo un «gentle-

man» indicaría mi preferencia, sino porque es quien sigue, apenas sin intervalo, a las otras seis. Y los empresarios afirman que produce bastante dinero, lo que la coloca sin mayores preámbulos, en la categoría de mina, filón o venero.

Y como entrar en ese terreno es meterse en camisa de ingeniero, dejémoslo.

Nueva York, febrero.

Constance Bennett, la maravillosa

(Continuación de la pág. 15)

picio a la exageración y al escándalo, con una vida sin agitaciones, recta y vertical, diáfana y vulgar.

A Constance Bennett se le ha buscado una rivalidad enconada con Gloria Swanson, una rivalidad que va del matrimonio al di-

vorcio y viceversa; que influye en el modo de vestir, en las alhajas que luce Constance y en la manera de obrar y conducirse en la vida social y en la intimidad hogareña.

Sin embargo, esto no pasa de ser un «bluff» americano.

Si Gloria y Constance coinciden en algunas cosas esto, según la segunda, es porque fatalmente ha de ocurrir así.

Constance Bennett si llega al vodevil es

llena de sencillez, sin intención de escandalizar a nadie. Y cuando es el drama el que se mete en su vida como una cuña, le abre el camino de su corazón sin un gesto, sin una protesta.

Dígame lo que se quiera, Constance es maravillosa precisamente por no exagerar la proporción de las cosas, por exageradas que sean en sí. Más bien las reduce al mínimo con un encogimiento de hombros.

La Argentinita nos habla de sus danzas

(Continuación de la pág. 16)

—¿Es cierto que tenía usted que haber debutado en el Jown Hall, de Nueva York?...

—Sí.

—Entonces...

—No acepté el contrato, porque... se está muy bien en casa.

Callamos. «La Argentinita» dibuja en sus labios finos una sonrisa encantadora. Yo la miro fijamente y continúo:

—¿Y cuándo acabe usted en el Español?

—No sé aún lo que haré... Si me encuentro de humor, tal vez vaya por provincias. Veremos... No estoy muy decidida. Me he acostumbrado tanto a vivir sin hacer nada que, hasta me cuesta trabajo decidirme...

—Y, en Madrid, como es natural, cuenta usted con un éxito seguro...

—Eso lo sabremos después. Yo no soy adi-

vina. Lo que sí puedo asegurarle es que trabajaré con toda mi ilusión, que pondré el alma entera en mi trabajo, con el mismo deseo que me ha acompañado siempre: gustar a mi público, al público que me ha querido tanto y me quiere aún; al público que yo quiero de verdad.

—¿Volverá usted a hacer cine?

—Son varias las veces que han querido llevarme a Hollywood para bailar ante la cámara, pero le repito que es difícil hacerme salir de casa. Amo ya mi vida tranquila, amo mi hogar... Y sólo una necesidad muy imperiosa, o algo que sea nuevo e interesante, me hará poner los pies en la escena.

Aparece en la sala su hermana Pilar, su «continuación». Pilar es una mujer bellísima que baila maravillosamente y que, al contrario de su hermana, no deja un solo día de trabajar. La entusiasma, la seduce. Se aburre en casa, y quiere correr por todos los senderos floridos que la llevarán hacia la gloria. Ya conoce, también, la música agradable de los triunfos clamorosos. Ella tiene la palabra:

—¿Es una interviú?... ¿Sí?... pues no

deje de decir que salgo ahora mismo para Ciudad Real, por si a alguno le interesa...

—No la haga usted caso. Está de broma—dice su hermana.

—¡Ah!, pero...

—Lo de Ciudad Real es cierto...

Y agrega ella:

—Pero no lo diga usted.

Visita, que es la señora de compañía de Pilar, nos sirve unas tazas de té con pastas. Continuamos la charla agradable... Proyectos, muchos proyectos, ilusiones, recuerdos no lejanos aún, simpáticos y queridos recuerdos. Después:

—Dígame, Pilar... ¿Qué va usted a hacer después de su trabajo en Ciudad Real?

—Pienso ir al extranjero. Portugal, Brasil, París, Alemania, Inglaterra. Tengo ya algunos contratos firmados...

El reloj de la sala marca una hora intempestiva. Nos despedimos. Y, al tiempo de partir, «La Argentinita», muy gentil, dulce y afectuosamente, me dió las gracias.

UN REPÓRTER

Una nueva estrella

ELISA Landi, la bella y magnética protagonista de «Siempre Adiós», es una actriz de renombre internacional.

Nació en Venecia, pero es de origen húngara, nieta de la que fué la emperatriz Isabel de Austria.

Se educó en un colegio particular en Inglaterra. Después debutó como actriz en las tablas londinenses y poco más tarde fué la sensación teatral de París y Viena.

Su debut en el teatro fué debido a sus deseos de adquirir experiencia para escribir las

dos novelas que la han hecho famosa como autora en todos los países de habla inglesa.

Durante un ensayo en el Broadway de New York, fué descubierta por un agente de la Fox, y esta compañía se apresuró a contratarla lo más pronto posible... por cable.

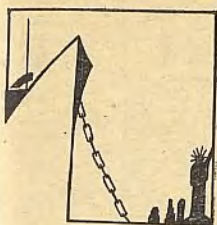
En América y demás países de habla inglesa, en donde se ha exhibido «Siempre Adiós» con singular éxito, ha sido aclamada como el descubrimiento cinematográfico más sensacional de estos últimos cinco años.

Es una mujer sumamente atractiva y de una personalidad verdaderamente intrigante. Es, además, muy bella, de una belleza

excepcionalmente rara, y sobre todo, una gran artista.

Hablando de ella durante el rodaje de «Siempre Adiós», Lewis Stone, su compañero en esta película, dijo que estaba verdaderamente encantado de trabajar al lado de una mujer tan inteligente y simpática.

«Su fama llegó a mis oídos mucho antes de que yo tuviera el gusto de conocerla», añadió, «y ahora que he trabajado con ella, no puedo menos de unir mis más sinceros elogios a los de los críticos que la han aclamado como el más extraordinario descubrimiento realizado por Hollywood durante mucho tiempo.»



Interpretaciones

Visiones de historia

por PEDRO SÁNCHEZ DIANA

A sí debería llamarse en realidad «Cimarrón», el primer film histórico puramente norteamericano.

Era lamentable que la heroica epopeya de la colonización de América no hubiera sido llevada a la pantalla, tal como lo merecía.

Muchas, muchísimas cintas, habían tratado de realizar esto, pero no hicieron más que lamentables parodias; «La caravana del Oregón», «El ocaso de una raza»—esta última del mismo Richard Dix—no fueron más que insignificantes conatos ante «Cimarrón».

Suficiente elogio es el recalcar que obtuvo el segundo premio en Alemania y el primero en E. E. U. U.

Waley Ruggles, su realizador, casi desconocido hasta la fecha, puede vanagloriarse de haber llevado a cabo felizmente uno de los asuntos más profundos y más emocionantes de la historia del séptimo arte.

Tanto a él como a Dix les cabe el honor de habernos dado la sensación perfecta de lo que era el alma de «Cimarrón», intrincado problema para la psicología.

Vamos a describir la historia de dos vidas: la de Osage, en el Estado de Oklahoma, y la de Yancey, un «pioneer».

Este es como lo indica su apodo—«cimarrón» significa caballo salvaje—incapaz de vegetar en sitio alguno. Carácter inquieto, generoso con los débiles, vengativo con los fuertes; un aventurero en toda la extensión de la palabra.

Corría el año de gracia de 1889. A las doce del día una descarga sería la señal para que miles de jinetes, centenares de carretas y los más heterogéneos vehículos, se lanzaran a la conquista de los nuevos territorios.

Las doce. Una descarga atronó el espacio y por la inmensa pradera, una confusa masa de hombres, carros y toda clase de medios de transporte, se habían reunido allí. Todas las razas, todos los idiomas, todas las religiones, corrían hacia adelante, siempre adelante.

Al poco rato se fueron destacando los más hábiles o los más afortunados; en primer lugar Yancey, en segundo lugar, Dixie Lee, una prostituta.

Una grieta del terreno. Dixie cae, su caballo está herido, pide auxilio; Yancey retrocede, baja del caballo. «Mátelo para que no sufra», son las palabras de Dixie y mientras tanto ella coge su caballo y se apodera del vergel por el cual ambos luchaban.

Resignación, heroica resignación e impotencia hacia la debilidad, la falsa debilidad de la mujer, que una vez más en la historia del mundo, cometió una vileza a su amparo.

Yancey regresa al hogar. Cruenta discusión con sus familiares, hasta que cansado de hablar, de discutir, con su mujer y su hijo, emprende el camino a Osage, donde piensa ejercer su profesión de periodista.

Un alto. En una de las carretas descubre a un negro criado suyo llamado Isaac, que no ha tenido valor para abandonarlo.

Gritos, aullidos estridentes, tiros. Billy The Kid, el legendario héroe de las praderas, asalta su campamento. «La bolsa o la vida», dice. A tan imperiosa demanda contesta Yancey simplemente: «¿Así tratas a los amigos?»

Yancey y Kid se querían como hermanos desde que se conocieron. Un rápido apretón de manos, breves preguntas y para terminar Kid asegura que no irá a Osage sin su permiso.

Osage. Una de tantas ciudades en estado embrionario que en breves días duplicaban, centuplicaban su población.

Torre de Babel donde peregrinos del dios Oro y una ley—la pistola—se reunían en pin-

toresca amalgama las gentes más diversas.

Donde la vida de un hombre no tiene valor, donde la ley no llegó todavía, allí, «Cimarrón» se encuentra a sus anchas.

No ignora que su antecesor en la dirección del periódico murió asesinado vilmente por la espalda.

No le importa, trabaja. Cierta día, le visitan unos conspicuos personajes. Convencidos de su importancia vienen a decirle que sus mujeres quieren que haya una religión.

El como siempre, crédulo, generoso, no importándole perder la vida por la satisfacción moral o material de sus semejantes, entra en una taberna—prodigio de fotogenia—, en una mano la pistola, en la otra la Biblia. «El que no quiera oír mi sermón que se vaya antes, porque luego no saldrá», advierte Yancey, seguro de sí mismo.

Bailarinas, rameras, jugadores, borrachos todos son expulsados del local, pero en la puerta queda un individuo.

Este encarna el tipo perfecto del canalla. Es alto, membrudo, con el rostro quemado por el sol y el viento. Amplios pantalones, dos pistolas grandes, negras, siniestras, prontas siempre al disparo.

Es el autor de la muerte del anterior periodista.

Con poderoso gesto Cimarrón se dirige al público y dice: «En primer lugar haremos una cuestación para comprar un órgano, que nadie dé menos de 25 centavos.»

Recuento: 100 dólares, 55 centavos. —«¿Quién dio los 5 centavos?»

Y de la masa surge una voz: «¿Quién?, no importa, habrá sido un indio.»

—«No—replica Yancey—los indios no son tan tontos que den su dinero a los blancos.»

El primer sermón que allí se oía.

—«El que a hierro mata a hierro muere» y yo sospecho de alguien a quien mataré—asegura Yancey.

Con breves intervalos dos relámpagos: uno se pierde en el espacio, el otro causa una muerte; la pistola una vez más fué ley.

Pasan los años. Mes a mes, Osage crece, crece, pronto la llanura será imponente para contenerla; se abren zanjas, se edifican iglesias, un Banco... Y un buen día, el asalto de éste por Kid.

Gritos de terror, espanto, tiros rompiendo con su estruendo la paz y quietud del pueblo.

Caen hombres y más hombres ante el rápido tronar de las pistolas; cae Isaac, caen pacíficos transeúntes, trabajadores, y tras breve tiroteo cae bajo el plomo homicida de Yancey, Billy the Kid.

—«¿Por qué no me avisaste?»

Esta frase, la única que dió tiempo a cruzarse entre ellos dos, retrata el férreo temperamento de ambos.

Inquietudes, cansancio y un día, harto Yancey, huye de su mujer, de sus hijos.

El año de 1898 vuelve Yancey a Orage. Está satisfecho, numerosas aventuras le han sonreído, y por último la guerra ha colmado su felicidad.

Aplausos, vítores, clamores de bienvenida le reciben.

Vuelve a la redacción y lee que a Dixie Lee se la va a procesar. Sabe que no tiene defensa. Magnánimo como siempre, Yancey olvida el mal que Dixie le hizo.

Una amplia sala. Siseos, conversaciones en voz baja se cruzan y entrecruzan.

El fiscal, bajo, vanidoso, enamorado de sí mismo, grita, grita con agudo grito de pavor, pues como tal se esponja.

Se levanta Yancey. Murmullos de expectación, de reproche mal contenidos. Empieza a hablar.

En breves, pero elocuentes palabras, les demuestra que la culpable no es ella, sino el medio en que vive. Afirma que si hubiera encontrado un hombre bueno, habría sido una mujer decente y honrada. Es esta escena un nuevo aspecto del film, pues aunque materialmente se dirige solamente a los «extras» que le rodean, moralmente se dirige a toda la humanidad. «Porque todos, todos los seres humanos, somos responsables de la injusticia social que representa el desprecio a las prostitutas», son sus magníficas palabras.

Sigue pasando el tiempo. Yancey va encaneciendo lentamente, pero su espíritu sigue siendo joven.

En la ciudad ya no suenan tiros. El timbre de un tranvía, el tartamudeo reprimido de los autos recién creados, substituyen por milagro prodigioso de la civilización las mortíferas detonaciones de las pistolas.

«Cimarrón» se presenta candidato a Gobernador. Triunfa. Se trata de arrebatar a los indios sus terrenos, ricos en petróleo.

Yancey sin temor a las iras del pueblo, francamente partidario de los primitivos y únicos dueños del terreno, publica un artículo defendiéndolos, a pesar de las protestas de su mujer.

Con esto alcanza «Cimarrón» la gloria de ser el único film norteamericano que al hablar de los indios no los humilla, ni escarnece, cosa verdaderamente extraordinaria en la historia del cinema yanqui.

Cumplida su misión, Yancey desaparece nuevamente. Lentamente transcurren los años.

Osage es una gran ciudad; enormes rascacielos rasgan sus nubes, toda la gama de ruidos suenan en sus calles.

La evolución ha terminado. La humilde cabaña donde estaba el periódico se ha convertido en un colosal edificio.

Entremos en él, introduzcámonos tras de habernos cruzado con una multitud confusa y extraña que habla de cosas que la gran pradera nunca oyó.

Pasemos a una habitación. En ella una mujer, ya anciana, sobre una mesa un periódico, con esta noticia escueta, concisa, reveladora del siglo: «Se ha inaugurado el servicio aéreo entre Inglaterra y los Estados Unidos».

En los cercanos campos petrolíferos, una catástrofe.

Un chorro de fuego líquido es detenido en mitad de su impulso por un pecho abnegado.

«Cimarrón», del cual sólo se sabía que se había teñido el pelo para poder tomar parte en la guerra europea.

Y en un momento sublime muere a manos de su mujer, vulgarmente, como los verdaderos bienhechores de la humanidad, mientras en la ciudad le elevan una estatua.

Sólo un último elogio: «Cimarrón» es el primer film de la historia de América, en el que se realiza el milagro de que la civilización aborrecida en otras cintas de la colonización, sea aquí admirada. Es, con «El mundo marcha», el film más humano que América ha producido.

Trajes Primera Comunión

Gusto - Elegancia - Economía

CASA BELETA

Av. Puerta del Angel, 35
(frente Teléfonos)

Medias seda natural
precio reclamo, a 8'50 ptas.

LUPE VÉLEZ, O LA FASCINACIÓN

A FORTUNADAMENTE asuntos relacionados con la filmación de «Hombres en mi vida» me llevaron de nuevo en un viaje relámpago a la embrujadora Hollywood. Era mi primera visita a los estudios Columbia durante el rodaje de la película y aún no había tenido la oportunidad de conocer a la estrella. Hablaba yo con «Mike», ayudante del utilero, italiano a pesar de su sobrenombre irlandés, pequeño, rechoncho, acucioso y jovial. De pronto, con un gesto de la mano, como quien saluda a un camarada, «Mike» se dirige a alguien que se acerca a mis espaldas:

—¡Hola, Lupe!
—¡Hello, Mike!—contesta sonriendo la artista.

En efecto, era Lupe Vélez; es decir, «Lupe», ya que su popularidad entre el personal de los estudios la ha consagrado «Lupe», simplemente, para todos, desde el encofetado director hasta el más humilde de los asistentes.

Al instante estallan los saludos afectuosos en todos los rincones del inmenso recinto. Hasta un carpintero que acaba de hacerse salchicha un dedo contribuye con débil sonrisa: «¡Usted tiene la culpa de esto, Lupe!», y bastan unas cariñosas palmaditas de la encantadora Lupe para borrar el gesto de dolor.

Lo primero que me impresionó de Lupe fueron sus ojos: negros, sonrientes, acariciadores; ojos brillantes, abrasadores; ojos en cuyas miradas puede expresar todas las tempestades de su alma.

Después de los saludos de cajón, lo primero que se me ocurre es una tontería, pues bien informado estoy:

—¿Mexicanita?—le pregunto.

—Sí, de San Luis Potosí.

—Y... ¿el día de su natalicio?

Pregunta ésta arriesgada; no quería decirle a boca de jarro: «¿Cuántos años tiene usted?» Por un momento creí confirmar mis recelos. ¡Vanidad de mujer!, me ocultaba su edad.

—El 18 de julio.

—El año, por supuesto, es un secreto, ¿eh?

—¡Oh, no!—dice coquetamente—. Aún puedo proclamar mi edad: nací en 1910. Las preguntas que siguen me las sé de memoria

—añade sonriendo—. Mi padre fué coronel del ejército y mi madre cantante de ópera. Jamás soñé con ser artista del cine... Fué en la ciudad de México donde...

—¡Un momento, señorita!—y mientras ella ríe percatada de la situación, le explico: —Esto no es un reportaje. ¿Quién no conoce sus antecedentes? No soy periodista; estoy relacionado con la casa productora; es decir, soy un trabajador, un jornalero (y ¡qué verdad he dicho!). Sólo quería saludarla, conocer a la estrella de «Hombres en mi vida».

En verdad, ¿quién no conoce la carrera de la dinámica Lupe? Educada en un convento de San Antonio de Tejas, donde las buenas hermanas aún sonríen levantando las manos en un gesto de benévolo espanto al recordar las travesuras de la infatigable colegiala; Lupe regresó a la ciudad de México, donde un día tomó parte en una función de caridad. Una señora norteamericana, amiga de la familia, apreciando las aptitudes artísticas de la niña—tenía entonces catorce años—la invitó a Hollywood, con la idea de encaminarla en la carrera fílmica. La creyeron demasiado joven, pero tuvo la

oportunidad de hacer un número de baile en una revista musical, en la cual la vió Douglas Fairbanks, quien inmediatamente la contrató para aparecer con él en «El Gaucho». La estrella de Lupe ascendió con rapidez meteórica y su obra de verdadera artista está grabada en innumerables films con los más afamados astros de la pantalla.

—¿Y qué tal le parece su nueva película?

—¡Me encanta! «Hombres en mi vida» tiene un argumento que me sienta muy bien. Vivo mi parte; cuando estoy ante la cámara me olvido de todo: soy Julia Clark, y he logrado identificarme con su carácter; siempre pongo el alma en todas mis interpretaciones; por eso bondadosamente me han llamado «la intuitiva», como usted habrá oído, pero no hay tal cosa; es que trato de sentir lo que mis heroínas sentirían en la vida real. Si eso es intuición, ¡qué vamos a hacer!, después de todo, dicen que todas las mujeres tenemos intuición.

—Y el reparto, ¿es todo de su agrado?

—Completamente. Como usted sabe, yo ya he trabajado con Gilbert Roland en «Resurrección», de manera que no es la primera película en español que hacemos juntos. Ramón Pereda trabaja muy bien en su papel de «El Tigre». Paúl Ellis me da escalofríos ante el realismo de su chantagismo calculador y despiadado...

—¡Lupe!... ¡To the set!—la voz del director David Selman que la llama al escenario. La faena diaria se inicia. Con un «Lo verá más tarde», Lupe acude a la llamada. Dentro de pocos minutos la genial, la jovialísima Lupe, será la desilusionada Julia Clark, para quien los hombres en su vida han sido siempre recuerdos dolorosos.

Consulto mi reloj. ¡Las nueve y media... y a las nueve tenía una entrevista en el despacho con el jefe! «¡Estará de atarlo!», pienso y salgo de estampía. Al volver la esquina de un escenario que representa un templo egipcio, oscuro, vacío y empolvado como la tumba de Tutunkhamen, me doy de narices contra un enorme foco eléctrico. Los labios me sangran... recuerdo al carpintero del dedo magullado... «¡Usted tiene la culpa de esto, Lupe!...»

TOM AYA

Nuestra Portada

En la portada del presente número publicamos una escena de la opereta de las Exclusivas Febrer y Blay, "El teniente del amor", en la que aparece su protagonista, el aventajado galán del cinema, Gustav Frohlich.



No es que Norma Shearer se haya divorciado en rigor. Su divorcio no ha ocurrido más que en la pantalla, en un film de la M-G-M, titulado «La Divorciada», que se presenta en el Tivoli y de la que esta hermosa «estrella» es protagonista, junto a tres actores de tan sólido y bien ganado prestigio como Chester Morris, Conrad Nagel y Robert Montgomery.

MARIANITA

Producción Fox - Protagonistas:

Janet Gaynor y Charles Farrell.

Novelización de Alberto Salamanca

I

Londres.

Una casa de huéspedes. La casa está regentada por doña Perpetua, prototipo de la patrona, terror de estudiantes, de empleados de poco sueldo y de provincianos soñadores que se lanzan a la conquista de la gloria con la cartera vacía y con la cabeza repleta de ilusiones.

Doña Perpetua tiene una hija: Rosita. La muchacha es bonita sin exageración y más coqueta que bonita. Por lo demás, Rosita es una joven como tantas otras, ni tan pícaro como ella misma se cree, ni tan inocente como la juzga su madre.

Suena la campanilla de la puerta y se oye una voz que suena en lo alto de la escalera, una de esas escaleras interminables con pasamanos de madera.

—Rosita, llaman a la puerta.

Rosita, que se encontraba en una salita de la planta baja, en perfecta ociosidad, sale a abrir, dando paso a dos personas: un señor muy estirado, vestido de negro, con cara de pertenecer a una de esas ligas contra la inmoralidad o protectoras de la infancia, que existen en todas las grandes capitales del mundo, y una muchacha menuda, muy linda, de expresión dulce, de ojos tímidos.

—Pase, señor Smedge... Mamá lo espera—dice Rosita.

Avanzan los recién llegados y Rosita lo introduce en la salita. Luego, advierte:

—Voy a avisar a mamá.

Cuando la joven sale, el señor Smedge se dirige a su acompañante:

—Doña Perpetua, tu nueva ama, es una señora de altos principios espirituales. Es preciso que la obedezcas ciegamente.

¿Por qué dudarlo si lo afirma este caballero tan estirado y tan serio que es el señor Smedge? Pero es lo cierto que en aquel momento doña Perpetua grita como una condenada mientras baja la escalera, al pie de la cual la espera su hija, que le hace señas para que no alborote.

Doña Perpetua entra en la salita sonriendo al señor Smedge, que la saluda:

—Buenos días, doña Perpetua... Aquí le traigo la nueva doncella, Mariana.

La patrona mira de arriba abajo a la muchacha inquisitivamente. Después la coge de un brazo y la pregunta con la mayor suavidad posible:

—¿Eres fuerte, querida?

Se adelanta a la réplica el señor Smedge:

—Ya lo creo. Mariana está acostumbrada a trabajar.

—Así lo espero—contesta doña Perpetua.

Alguien patalea arriba, el techo retumba. La patrona ordena a su hija:

—Diles a esos inquilinos que paren de bailar mientras hablo con todo un señor párroco.

Rosita obedece y doña Perpetua, la señora de «altos principios espirituales», como la ha calificado el párroco señor Smedge, le pregunta a éste, señalando a Mariana:

—¿Está enterada de las condiciones?

Asiente el buen sacerdote, que repite a la nueva doncella las condiciones en que servirá a su ama.

—Por quince chelines y casa y comida, tú cumplirás estrictamente tus deberes. Obedecerás a tu señora al pie de la letra...

Mariana se echa a llorar.

—No llores, Mariana...; aquí serás muy feliz.

Con estas palabras de consuelo se despide el señor Smedge. Cuando vuelve doña Perpetua, que ha salido para acompañar al párroco hasta la puerta, hace señas a su nueva

doncella para que la siga. Y mientras suben las escaleras le va explicando sus obligaciones, no muchas ni penosas, seguramente, dado los altos principios espirituales de doña Perpetua.

—Te levantarás a las cinco, pero en punto... Subirás el carbón..., prepararás el desayuno..., baldearás toda la casa...

Así han llegado al piso alto donde está la habitación que se le destina a Marianita.

—Ahora cambia de ropa y a trabajar—le ordena su ama.

—No tengo más ropa que la puesta—confiesa tímidamente Marianita.

—¿Pues y eso?—la interroga la patrona señalando un bulto que Marianita lleva consigo.

—Ese es Dick, mi canario—contesta la muchacha descubriendo la jaula.

—No quiero pajarracos en casa. Tuve un loro una vez y juraba como un carretero.

—Lo traje desde América—insiste la joven, que teme la separen de su canario.

—Creí que eras inglesa.

—Lo soy, pero pasé mi infancia en América. Después de la muerte de papá abandonamos la granja y vinimos a Inglaterra.

—¿Y tu madre?

—Murió aquí en un hospital.

—Mariana, hablas como los americanos... Tendré que enseñarte inglés—se pavonea doña Perpetua.

Ya tiene la pobre huérfana acomodo. El trabajo es duro, el ama gruñona y exigente, la niña de la casa antipática y vanidosa...

Pero Marianita, mientras la permitan te-

II

Marianita está fregando los escalones de la puerta que da a la calle.

Da pena ver a esta criatura, tan débil y tan encantadora, empleada en tan bajo y penoso menester como es ese de manejar el estropajo y el jabón. Sus manos blancas, pequeñas y suaves, acabarán por deformarse, por tornarse ásperas y callosas. Pero ella está alegre.

En mitad del arrollo un mendigo toca un pianillo mientras una rapaza hace cabriolas, da volteretas sobre el duro empedrado. La musiquilla que toca el mendigo tiene recuerdos melancólicos para Mariana, que sigue su ritmo sin dejar su faena.

Se abre una de las ventanas altas de la casa, y una voz varonil conmina malhumorada:

—¡Tome ese dinero y márchese!

Caen sobre los guijos unas monedas, y el músico callejero cesa de tocar.

Marianita mira hacia arriba para averiguar quién es el huésped al que le molesta aquella música tan grata para ella, y dice al mendigo:

—No le haga caso... Me encanta esa canción.

Pero no hay remedio. El músico callejero se aleja con su minúsculo y destemplado piano a seguir su canción en otra parte.

Poco después, ante la puerta para un camión. Dos hombres forzudos descargan de él un piano. ¡Este sí que es un piano magnífico! Va a nombre del señor Lonsdale, el huésped que ha protestado la música del mendigo.

Marianita sube al cuarto del huésped, que aún está en la cama, y le da el recado. Luego, un poco irónica, comenta:

—A usted no le interesará un piano... No le gusta la música.

El señor Lonsdale—un guapo mozo, un mozo alto y fornido—la mira irritado y exclama:

—Dame mi bata... En el armario, ¡estúpida!

Marianita obedece sumisa. Le ha dolido, sin embargo, el insulto, y protesta dolorida:

—No soy estúpida, señor.

El huésped comprende que ha sido injusto con la muchacha y se justifica:

—No me hagas caso. A veces soy demasiado violento sin darme cuenta.

Mientras tanto han pasado el piano al vestíbulo. Doña Perpetua, al darse cuenta, ha salido para curiosear. Marianita ya está abajo mirando con sus ojos claros aquella enorme caja llena de armonías para quien sepa arrancárselas.

Uno de los hombres del camión advierte a la patrona:

—Tendremos que quitar el pasamanos para subir el piano. De otra forma no podrá ser, pues la escalera es demasiado estrecha.

Se sulfura doña Perpetua:

—¡Entonces el piano no entra en casa!

—¿Cómo que no? ¡Es mi piano!—grita, enérgico, Lonsdale, que baja de dos en dos los escalones.

—Y el pasamanos es mío... ¡Cuidadito con tocarlo!

—¡Sin el piano no permaneceré aquí!

—¡Pues no se irá hasta que pague lo que me debe!

La patrona y su huésped siguen tiroteándose verbalmente. Es una escaramuza de frases agrias, que aprovecha Marianita para indicar a los portadores del piano que lo introduzcan en un cuarto de los que se abren al vestíbulo.



La disputa queda cortada por unas notas alegres que llegan a los contendientes.

Atraídos por ellas, Lonsdale y doña Perpetua se asoman a la pieza donde el piano ha sido introducido. Uno de los hombres forzudos del camión teclea una cancioncilla ligera. Al ver a Lonsdale se disculpa:

—Perdone, señor... Probaba su piano.

Doña Perpetua refunfuña:

—Mariana, no estés ahí papando moscas... ¡A trabajar!

Vuelve la espalda con un gesto olímpico. Marianita queda rezagada en el umbral. Se le encandilan los ojos mirando alternativamente a Lonsdale y al piano. Sin doña Perpetua, la vida en aquella casa donde hay un piano, un canario y un buen mozo, sería amable. Así piensa seguramente Marianita.

El conductor del piano y Lonsdale no se entienden. Tiene éste que abonar ocho chelines, importe del alquiler del primer mes. Y Lonsdale no tiene más que cinco, que se los regala. Sin embargo, el otro tiene que llevarse el piano. No hay remedio, pero Lonsdale no quiere que salga de allí el piano sin haberle arrancado unas notas, que se quedan flotando en la habitación. Cuando termina, dice:

—Ahora, lléveselo.

No se ha dado cuenta de que aquellos hombres no están ya en la casa. Marianita, que ha pagado el recibo del alquiler del piano, sigue en el dintel de la puerta, con su rostro ingenuo y sus ojos claros, que miran tiernamente al huésped.

—¿Les pagó doña Perpetua?—inquire Lonsdale.

Marianita hace un gesto negativo.

—¿Les pagaste tú?

—No pude remediarlo... Su música era tan triste, que parecía una p'egaria—responde ella.

—Ya sabía que estaba usted llena de sentimentalismo.

La muchacha asiente. El buen mozo se enfurece de un modo que a Marianita le parece incomprensible.

—Bastante humillación para mí era deber la casa y la comida... Pero ahora mi música es tuya por ocho miserables chelines.

Lonsdale sale dando un portazo.

Marianita, la pobre, no comprende su orgullo. Creía ella haberle hecho un bien, y ahora la desprecia.

¿Por qué, por qué, Dios mío?

III

Aquella noche, cuando Marianita, rendida del ajeteo de todo el día subía las escaleras para irse a dormir, doña Perpetua, que la oyó, le dijo:



MADAME X

Fajas de caucholína para adelgazar

Pida los nuevos modelos de FAJAS ENTALLADAS

Rambla de Cataluña, 24 - Barcelona

Sucursales en Bilbao, Córdoba, Málaga, Madrid, Oviedo, Santander, San Sebastián, Sevilla, Valencia, Vigo y Zaragoza.

—No te acuestes hasta que hayan llegado todos para que cierres la puerta.

—Está bien, señora.

Marianita se resigna. ¿Qué otra cosa puede hacer? Más que no disponer de las horas necesarias para descansar, le duele que doña Perpetua le regañe porque el canario—el pajarraco le llama ella—cante por la noche cuando Marianita entra en su cuarto. Teme

STUDIO-FILM

Precisan señoritas para películas en español

Rambla Cataluña, 58, pral., 1.^a
Teléfono 10298

que cualquier día lo arroje por el balcón. ¡Porque es tan espiritual doña Perpetua!

Muy tarde ya llega a la casa el señor Lonsdale. Le acompaña un amigo. Ambos van de tiros largos, con frac y, naturalmente, con sombrero de copa.

Marianita los espera al fondo del vestíbulo. Su indumentaria de fregona, contrasta con la pulcritud del huésped y del amigo que lo acompaña.

Este recrimina a Lonsdale porque se negaba a que entrara en la casa.

Lonsdale intenta justificar su actitud.

—Ahora que ves adonde vivo, comprenderás por qué me escondo de mis amigos.

Se fija en Marianita que los mira con los ojos muy abiertos, y ruega a su amigo:

—Déjame diez chelines.

Con ellos en la mano, avanza hacia la muchacha y se los entrega con un gesto de desprecio y de orgullo, a la vez que le dice:

—Quédate con el cambio.

Va Marianita a darle las gracias, pero el huésped la humilla todavía más:

—Cómprate unos guantes para cubrir esas manos tan feas.

Las lágrimas empañan los ojos claros, bellos y cándidos de la muchacha.

El acompañante de Lonsdale se acerca entonces, y tomando las manos de la afligida doncella, se presenta:

—Me llamo Pedro..., ¿y usted?

—Mariana, señor.

—Tiene usted unas manos artísticas... Algún día tocará el piano tan bien como Lonnie Lonsdale.

Replica ella ingenuamente:

—Me encantaría, pero doña Perpetua no me ha enseñado eso todavía... Pero a veces toca cuando lo estoy limpiando.

A Pedro le han emocionado estas frases tan sencillas.

Doña Perpetua no le ha enseñado eso ni se lo enseñará nunca. Doña Perpetua es una patrona de casa de huéspedes, y lo que desea es que Marianita trabaje hasta rendirse.

Pedro, mientras sube con Lonsdale a la habitación de éste, le afea su conducta:

—El mismo Lonnie de siempre, tan arrebatado... Has hecho llorar a esa pobre muchacha.

Lonnie se encoge de hombros. Para él no tiene importancia la escena. Aunque acaso, sin él querérselo confesar, esté arrepentido de su brusquedad.

Pedro escruta con los ojos el cuarto donde vive su amigo y antiguo discípulo. Es un cuarto tan humilde, que Pedro comenta:

—Lonnie, aquí no puedes trabajar.

—¿Qué más da?—contesta Lonnie con gesto indiferente.

—Tu padre es inmensamente rico y, sin embargo, tú vives aquí. ¿Por qué no vuelves a casa?

—No quiero admitir que he fracasado y limitarme a vivir del dinero de mi padre—es la respuesta de Lonsdale.

Pero Pedro no puede permitir que su amigo viva con tanta estrechez, y saca la cartera para ofrecerle unos billetes.

—Me ayudase en el colegio y ahora quisiera ayudarte a ti.

—No, Pedro, agradezco tu generosidad, pero no la acepto.

—Ya que tu orgullo no te permite aceptar dinero, dedícate a escribir canciones populares.

Lonnie mira a su amigo burlonamente. Abre el piano y teclea «Un beso en la noche», la canción que conmovió a Marianita cuando la tocó en la calle aquel músico callejero.

—Exactamente... Ese compositor se puede retirar ya rico—asegura Pedro.

—Jamás escribiré semejantes cosas—afirma Lonsdale—. Y añade: —Seguiré luchando hasta producir algo que valga la pena.

Y de nuevo sus manos ágiles, recorren el teclado. Una música melodiosa y apasionada vibra en la habitación. Raudales de notas llenas de armonía saltan de las teclas, golpeadas nerviosamente por los dedos de Lonsdale, cuyo rostro se ha transfigurado. Está en un raptó de inspiración.

Pedro exclama entusiasmado:

—¡Maravilloso! ¡Mándaselo a Brahms, el editor musical.

El artista desconfía.

—Ese tipo no sabría apreciarla.

La noche ha ido avanzando y Pedro se marcha.

Pegada a la puerta, escuchando aquella música sublime estaba Marianita. Se adelanta a la pregunta de Lonnie.

—Esperaba por sus botas.

Lonnie Lonsdale sustituye sus zapatos por las zapatillas que le presenta la doncella.

—Esperaría una eternidad por oírle tocar un poco más—susurra Marianita.

—Tienes oído para la música, ¿eh?

La muchacha asiente y suspira. Su abnegación, su romanticismo han logrado interesar a Lonsdale, que ahora la pide perdón por sus asperezas.

—Cuando estoy de mal humor digo cosas que luego lamento—confiesa—. ¿Te acordarás de esto?

—Sí, señor—replica Mariana suavemente y sin enojo.

Lonnie continúa:

—Permite que te explique aquella tontada de los guantes. Todas las mujeres de mi familia creían que era un pecado no llevar guantes. Creo que a mi madre jamás la vi sin ellos. De manera que sólo el ver una mano desguantada me vuelve loco.

—Comprendo perfectamente, señor.

Un revuelo de faldas y Marianita desaparece. Pero a poco regresa con la jaula de su canario. Suplica:

—Por favor, deje que Dick viva en su habitación... ¡Está tan triste allá arriba!...

Lonsdale bromea:

—Espero que no empezará a cantar al amanecer...

(Continuará)

Tintura Marthand

De positivos y rápidos resultados



Tiñe las CANAS con una sola aplicación, dejando el pelo con el más hermoso negro natural. No contiene sales de plata, cobre ni plomo.

Caja pequeña, 4 ptas. - Caja grande, 6 ptas.

DE VENTA EN PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS

Mañana, viernes, en

Salón Cataluña

un

doble

programa Universal.

Soborno


por Sue Carol y Dorothy Revier.

El tenorio del harem

en español, por Lupita Tovar, Manuel Arbó y Slim Summerville.

Prepare su agua de mesa con
Sales LITÍNICAS DALMAU

Muebles "EL 104"



104-HOSPITAL-104-TEL-18444-BARCELONA



HUECOGRABADO
París, 134-Barcelona

Warner's

Corselettes

Fajas

